

«Siempre he sido un historiador antes que nada»

Entrevista a Gerardo Caetano

Javier Correa Morales y Marcos Rey¹

¿Por qué decidiste estudiar Historia? ¿Qué motivaciones personales, circunstancias sociales o familiares crees que incidieron?

Yo era el menor de cuatro hermanos varones. Mi padre trabajaba como administrativo civil en la Fuerza Aérea. Mi madre trabajaba como inspectora en el [Hospital Centro Geriátrico Dr. Luis] Piñeyro del Campo. Era una familia de matriz cristiana y por eso todos fuimos al colegio Santa María que quedaba a una cuadra de mi casa. Yo siempre fui becado, porque éramos cuatro. Era una típica familia de clase media. Mi padre era un batllista católico, o tal vez mejor cristiano, y mi madre había tenido un origen blanco que le venía de su familia, pero estuvo sobre todo con su hermana María Cristina en el proceso de origen del Partido Demócrata Cristiano (PDC), como transformación progresista de la vieja Unión Cívica. Siempre digo que fui un hijo menor de la década de los sesenta. Por un lado, porque era muy chico para afrontar determinadas cosas que mis otros hermanos mayores sí afrontaron desde su militancia en distintos grupos de las izquierdas estudiantiles. Yo escuchaba con gran atención todas aquellas conversaciones familiares, muy debatidas, en una familia en la que desde una perspectiva muy pluralista la política era un asunto relevante. Mi padre desde su origen colorado terminó siguiendo a [Zelmar] Michelini en el Frente Amplio (FA). Mi madre obviamente siguió al PDC también en el FA. Mis dos hermanos mayores, sobre todo el mayor, bueno... Imagínense: 1968, FER [Frente Estudiantil Revolucionario], IAVA [Instituto Alfredo Vázquez Acevedo], etc. Roberto Tabaré, que así se llamaba, al igual que mi padre, asumió un compromiso político radical muy fuerte. Eso lo llevó a estar preso varias veces y a tener que exiliarse primero en Buenos Aires y luego en París, donde murió en 1977. Mi padre había muerto en 1972, mi madre en 1977, imperaba la dictadura y nuestra situación familiar era muy crítica, diría dramática.

Desde chico tuve claramente dos pasiones: el fútbol y la lectura. Leía mucho. Mi orientación fundamental fue hacia dos áreas de la cultura letrada: la Historia y la Filosofía, ambas me apasionaban. Mi hermano mayor iba a ser profesor de Historia y de Literatura. Mis padres tenían esa cuestión del sueño de hijos profesionales, de «mi hijo el doctor». Eso que pesó sobre mis hermanos mayores, luego de la hecatombe de ese lustro terrible, me dejó muy suelto para elegir lo que quisiera. Y elegí el fútbol y la Historia. Y por cierto que mi primera vocación era la Historia.

¹ Docentes e investigadores de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República. La entrevista tuvo lugar en Montevideo, el 22 de marzo de 2024.

¿Por qué decidiste estudiar Historia en el Instituto de Profesores Artigas [IPA] del que egresaste en 1981 y no en la Facultad de Humanidades? ¿Te interesaba más la docencia en la enseñanza media?

No. Me gustaban y me gustan tanto la docencia como la investigación, pero entonces la Universidad estaba intervenida. Aunque suene increíble, en el IPA la oferta era un poco mejor porque allí estaba [Juan] Pivel [Devoto] que era un plus en medio de ese panorama siniestro de la Universidad intervenida. Y estaba también Rogelio Brito que era otro gran profesor, junto a otros pocos que se habían salvado de los sumarios y destituciones. Pero además yo tuve de profesor en el Colegio Sagrado Corazón, donde hice preparatorio, nada menos que a Carlos Zubillaga. Tuvimos un vínculo muy especial y en 1976 me llevó al CLAEH [Centro Latinoamericano de Economía Humana]. Le debo mucho a su gran apoyo de aquellos años.

¿Comenzaste en el IPA y en el CLAEH al mismo tiempo en 1976?

Sí, justamente gané un pequeño concurso y fui asistente del Departamento de Investigaciones del CLAEH. También formé parte al mismo tiempo de un curso de investigación en Historia que impulsaba Zubillaga. Era un oasis en medio de aquellos años terribles, con dictadura y terrorismo de Estado. Estaba como becado. Al final de esa beca me convertí en el secretario del Departamento de Investigaciones. En el CLAEH había distintos espacios de investigación: Economía, Sociología, Ciencias Políticas. Había gente como Walter Cancela y Alicia Melgar, Horacio Martorelli, Romeo Pérez y Carlos Pareja, entre otros, que coincidían con investigadores de otros centros privados que sobrevivían en dictadura: Ciedur [Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo], CINVE [Centro de Investigaciones Económicas], CIESU [Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay]. Con periodicidad variable nos reuníamos los investigadores de todas las edades y disciplinas en discusiones académicas sobre diversas temáticas. Ahí conocí —en un espacio que teníamos entre todos los centros y entre historiadores sueltos— a José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, a Raúl Jacob, a Juan Rial. También a Milton Vanger y Göran Lindahl. Si bien yo vivía apasionadamente ambas cosas, la Historia y el fútbol, los trabajos y en especial el fútbol me ayudaba a vivir. Porque en casa habíamos quedado tres personas y aunque teníamos la ayuda invaluable de mi tía Cristina, que fue como una segunda madre, había que colaborar y el desafío no era sencillo. A los 14 años empecé a trabajar haciendo cobranzas y vendiendo artículos de papelería, entre otras cosas. Y en el fútbol pude encontrar otro oasis como Defensor, en donde muy tempranamente me hicieron un pequeño contrato —yo jugaba bien— que me permitió seguir mis dos pasiones por algún tiempo. Me recibí de profesor, aunque en verdad di muy pocos años de clases de Historia en los liceos, muy pocos.

¿En qué liceos trabajaste?

Terminé tarde el IPA, en 1981, porque trabajaba y jugaba al fútbol al mismo tiempo. Pero antes de egresar ya podía dar clases. En la primera salida, digamos que como para estimularme, me dieron tres horas en el Liceo 38 de La Teja, tres horas en el Liceo Suárez de Pocitos y tres horas en un liceo recién inaugurado en la Curva de Maroñas. Di clases también en algún liceo privado como el Pedro Poveda. Gastaba más en ómnibus que lo que ganaba. Pero me gustaba dar clases. Y en el fútbol lo que gané fue más que importante para poder sobrevivir esos años.

1976 fue un año crucial para esa otra pasión: además de tu ingreso al IPA y al CLAEH, ganaron el campeonato de fútbol con Defensor en plena dictadura.

Por supuesto. Se van a cumplir 50 años ahora en 2026. Para mí es todo un desafío. Tengo un proyecto que ojalá pueda concretar —porque tengo muchos proyectos, tal vez demasiados— que es hacer una historia de la aventura del 76 que pueda anudar distintos espacios, pero con el foco en Defensor

campeón. Porque para mí todo aquello, en un tiempo terrible en lo personal y en lo colectivo, fue un oasis de resistencia, verdaderamente. Un oasis fue Defensor, fue el CLAEH y fue la parroquia Tierra Santa, que era un espacio de mucha libertad y de comunidad en un momento siniestro del Uruguay. Como ya he dicho, la vivencia de la dictadura en el caso de mi vida enganchaba dos circunstancias, una colectiva y otra personal, las dos muy dramáticas y horribles. A lo que se agregaba el tema económico. A partir de esos tres espacios, estuve en una red de gente que fue muy importante y que, repito, era una red de resistencia, y créanme que esto no es exagerado. Porque el CLAEH era resistencia; Defensor era resistencia —la vuelta olímpica al revés, Pedro Graffigna, el profe Ricardo de León—; y la parroquia era resistencia. A menudo venía este connotado represor de aquellos tiempos, Alem Castro, y había curas que estaban ahí en el borde, y dos por tres algunos laicos caían en las redadas. Y las redes de protección no solo cubrían a creyentes cristianos, sino que se expandían a otras personas perseguidas de otras filiaciones. Y todo eso fue una auténtica red de resistencia. Y además venía de jugar en la selección juvenil.

Fuiste al mundial de fútbol juvenil en 1977

Fui al Sudamericano de Venezuela (en el que salimos campeones) y al primer Mundial juvenil en Túnez (donde salimos cuartos) en 1977. De todos modos, me daba cuenta de que tenía que hacer una opción. Sin duda en lo económico el fútbol era mucho más redituable que ser profesor o investigador, sobre todo en aquel momento. Pero también estaba muy claro que mi vocación iba por otro lado. En verdad la investigación desde el primer momento me transformó.

Tus primeras investigaciones en autoría individual, coautoría o en equipos fueron sobre los sectores conservadores en la década de 1920 y los inicios del terrismo en los treinta. ¿Cómo crees que influyó el contexto dictatorial en el que vivías en estas preocupaciones?

Mi primera investigación a partir de un premio que gané con otro compañero fue una investigación que tenía como título *La condición social de la mujer en el Uruguay batllista*. Es una tesis de más de cuatrocientas páginas que sigue inédita y que va a ser difícil que no lo siga siendo, porque es algo que escribí hace casi cincuenta años. Bastante ha pasado desde entonces. Tendría que rehacerla completamente. Pero se inscribía además en un programa que tenía el Departamento de Investigaciones del CLAEH. Mi primera investigación en ese programa se titulaba *Los sectores conservadores ante el reformismo batllista*. Un avance inicial de estos resultados los publiqué con Jorge Balbis,² pero luego yo seguí solo la investigación que fue la que nutrió otras publicaciones como los dos tomos de *La República Conservadora*.³ En realidad era un estudio sobre las derechas y su respuesta frente a las reformas del primer batllismo, pero en la época se hablaba más de los sectores conservadores que de las derechas. Esta referencia semántica resulta muy significativa y perduró durante bastante tiempo, influyendo sobre el campo de estudios. De todos modos, el concepto de derecha se colaba en forma progresiva. ¿Por qué el programa de investigaciones históricas del CLAEH tuvo en aquel momento como eje el tema del primer Batllismo desde diversas perspectivas? ¿Por qué Barrán y Nahum, después de los siete tomos de la *Historia rural del Uruguay moderno*,⁴ asumieron como foco de su investigación lo que terminó siendo la colección en ocho tomos titulada *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*. Y otro tanto hacían otros investigadores, como Raúl Jacob, con quien bromeábamos de que era un adelantado porque ya se estaba animando a investigar los años treinta. Cuando con Raúl hicimos los

² Balbis y Caetano (1981).

³ Caetano (1992, 1993).

⁴ Barrán y Nahum (1967-1978).

tres tomos de la colección *El nacimiento del terrismo*, en los hechos llegamos hasta 1934.⁵ Todo esto tenía mucho que ver con el contexto: la dictadura era muy antibatllista. Por más que había algunos civiles de origen «batllista», entre comillas, metidos en los elencos de la dictadura, su rumbo general presentaba un antibatllismo raigal. Porque anatematizaba a Don Pepe como el forjador del estatismo y del Estado del Bienestar. Los batllistas que habían desembocado en la dictadura eran algunos batllistas que habían acompañado el fuerte viraje ideológico liberal de Jorge Batlle en la Lista 15. Era por ejemplo Alejandro Vegh Villegas. También había liberales radicales y católicos como Ramón Díaz, que dirigía por entonces *Búsqueda*, que también tenían una absoluta matriz antibatllista. El programa de los grupos intelectuales y técnicos que apoyaban la dictadura y que asumían posturas de un liberalismo económico fuerte era —sigue siendo— destruir para siempre la matriz batllista que tan gravitante había sido en Uruguay.

En mis primeras experiencias como investigador yo me encontré con la acción de los grupos de presión empresariales que, por su puesto, presionaban contra las reformas batllistas. Me encontré a las derechas políticas, sociales y culturales. Me encontré a los militares y su sesgo prioritario que los hacía en general colorados, aunque antibatllistas. Pero también me encontré un país del 900 por el que circulaban ideas muy transformadoras. Toda la crítica de los intelectuales de la década de 1960 a la endeblez del proyecto reformista, sobre todo a lo [Carlos] Real de Azúa con su libro emblemático *El impulso y su freno*,⁶ con su visión rectora de que «en el impulso estaba el freno», cuando te metías en profundidad en la documentación de más amplio espectro advertías que las derechas —políticas, empresariales, religiosas, intelectuales— tenían un odio visceral hacia el batllismo. Incluso magnificaban el peligro de sus transformaciones en relación con sus diversos intereses de fondo. La primera recepción del fascismo —ahora estoy trabajando en eso— estaba referida a ese terror amplificado. Porque el terror de aquellos años no tenía como norte la acción del movimiento sindical o la posibilidad de un contagio de un perfil de revolución de los trabajadores. El terror de aquellas derechas radicaba en la posibilidad del reinicio de las reformas detenidas de forma parcial luego del Alto de Viera. Ese descubrimiento fue muy impresionante. Yo me acuerdo que Barrán y Nahum publicaban un tomo por año de su colección *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*.⁷ Y lo que yo hacía era como una especie de investigación paralela a la de ellos, aunque sobre el período siguiente a 1916. Fue en esa coyuntura tan singular impulsada por la magia de la investigación cuando me hice muy compinche, amigo, hermano, de Barrán.

Mencionaste como tus primeros referentes a Pivel, Zubillaga y Barrán. ¿Discutiste con ellos estas primeras investigaciones?

Lo discutí mucho con Zubillaga, que no ha simpatizado nunca demasiado con el batllismo. De hecho, siempre lo digo, quien me enseñó a investigar fue él. Lo tuve en preparatorio —hoy sería Bachillerato— y luego en el CLAEH. Con él tuvimos un vínculo de una cercanía enorme, a tal punto que soy el orgulloso padrino de su hija. Después tuvimos nuestras diferencias, pero hasta el día de hoy mantengo con él y su familia una relación muy cercana y afectuosa. Pero incluso antes de encontrarnos en la Facultad de Humanidades, hubo también un vínculo muy especial con Barrán. Y desde ahí con Barrán discutí todo lo que hacía y él discutía todo lo que hacía conmigo. Lo cual era de una asimetría absoluta y un enorme privilegio para mí. Nos volvimos muy compinches desde una perspectiva humana profunda. Yo sabía que José Pedro era una persona que siempre iba a desear lo

5 Caetano y Jacob (1989-1991).

6 Real de Azúa (1964).

7 Barrán y Nahum (1979-1987).

mejor para mí, que nunca me iba a celar en absoluto y que todo lo que él hiciera o pensara o dijera sobre mí estaba fundado en una perspectiva altruista. Era un hombre extraordinario y deslumbrante. Nosotros teníamos una atención muy interdisciplinaria porque estábamos trabajando con economistas, sociólogos y politólogos. Y él no tenía mucho que ver con eso, a pesar de que con Nahúm estaban radicados en el CINVE. Barrán tenía otra cosa: un mundo, por ejemplo, en el que leer literatura en profundidad y explorar la música y el arte en general eran fundamentales. Era un melómano absoluto. Tenía, junto a Alicia [Casas], su maravillosa compañera, una cultura musical muy refinada. Era un hombre que sabía mucho de arte también. Es como que con Barrán pude completar otro mundo de relaciones interdisciplinarias. Zubillaga, por su parte, fue también decisivo. Me ayudó a investigar y tuvimos un vínculo extraordinario, cálido en momentos muy difíciles, tanto para él como para mí. Me abrió el mundo de la Historia como ciencia social. Yo tuve mucho más vínculo con José Pedro que con el Benja [Bejamín Nahum], a pesar de que siempre mantuve con él una relación muy cordial. Pero mi vínculo con Barrán, vaya a saber por qué, se volvió de inmediato más entrañable.

¿Y con Pivel Devoto?

Yo con Pivel y con Rogelio Brito también tuve cercanía, sobre todo con Brito. Pivel era un monstruo en el sentido positivo, era el hombre más erudito que yo haya conocido desde una perspectiva de esa vieja Historia tradicional, que yo de todas maneras valoro siempre. Si de Real de Azúa, a quien no conocí personalmente porque murió en 1977, se decía que había leído todos los libros, Pivel parecía que había leído todos los documentos. Y en verdad vos ibas al Archivo General de la Nación y la mayoría de los archivos habían sido construidos u ordenados al menos por él. En muchos casos, como en el caso del Archivo Herrera, la familia Herrera se lo había dado a Pivel en forma directa, que lo organizó, lo expurgó y depuró de acuerdo a sus criterios, y después lo radicó en el Museo Histórico Nacional, que él dirigía, no en el Archivo General de la Nación, que tal vez hubiera correspondido más. Quizás fue un recaudo para tenerlo más cerca pues admiraba mucho a Herrera. Pivel era de una erudición absoluta. A mí a veces me asombra ver cómo hoy un historiador joven, que sepa utilizar bien y que sepa hacer los cruces y preguntas pertinentes en el mundo digital y en el *Big Data* de la documentación actual, puede llegar en poco tiempo al acceso de documentación y de cruces de variables a los que Pivel no pudo llegar. Pero, de todas maneras, aquella erudición es irrepetible. Su casa era una casa tomada de forma literal por los libros y por la documentación. Se paraba y sacaba de los lugares más inverosímiles un diario del siglo XIX o una carta de la Colonia, de acuerdo a un mapa que solo él conocía. Hasta el sótano estaba desbordado con libros y documentos. Como docente era muy tradicional. No le gustaban las preguntas, aunque sus disertaciones eran fascinantes y cargadas de humor, aunque a quienes no lo conocieron les cueste creerlo. Daba Historia Nacional —nunca uruguaya— e Historia Americana. No le gustaba la Historia Americana y sin duda no era su especialidad ni el centro de sus intereses. Repetía a [Francisco] Morales Padrón. Él mismo lo decía. No le importaba. Pero en Historia Nacional trazaba un relato impresionante, aunque por lo general signado por lo político. Cuando levantábamos la mano y hacíamos una pregunta sobre economía o sociedad, se fastidiaba un poco, pero respondía con una precisión absoluta. Barrán me contaba que [Germán] Rama a menudo quería ponerlo a prueba: lo sacaba del eje y le hacía preguntas difíciles en otros terrenos, en particular sobre cuestiones socioeconómicas. Y Pivel, aunque con fastidio, le contestaba siempre con enorme precisión. Y luego de constatarlo, Rama decía con perplejidad: «¡No sé cómo hace!».

¿Cómo fueron tus comienzos en la Universidad de la República? ¿Cómo fue ese recorrido desde que te lesionaste en la rodilla, abandonaste el fútbol, dejaste la enseñanza media y comenzaste tu carrera académica en la Facultad de Humanidades?

Fue un proceso. En 1985, al terminar la dictadura, José Pedro [Barrán] me llamó para que me incorporara como asistente en el Departamento de Historia del Uruguay que se estaba reconstruyendo después de la intervención. Nahum le dijo a José Pedro: «Te tenés que presentar al concurso de grado 5 del Departamento de Historia del Uruguay de Humanidades». «¿Te parece?», le respondió Barrán. Y llamó a Blanca Paris de Oddone que lo primero que le dijo fue: «¿Te vas a presentar a la cátedra de [Eugenio] Petit [Muñoz]?». Hoy suena increíble y eso que Blanca lo quería muchísimo a José Pedro. Pero al comienzo José Pedro en Humanidades fue como un inmigrante, como alguien extraño que venía de otro lado. El grado 5 en el Departamento de Historia del Uruguay era entonces la «niña más preciada». Todos querían ir ahí. Pero Barrán ya tenía una obra inmensa aunque siempre fue un poco extranjero en la Facultad. Y, salvando las distancias, yo también fui un extranjero, como «un sapo de otro pozo». Con el tiempo eso disminuyó, pero nunca desapareció del todo. Aunque en forma distinta, también lo he sentido en la Facultad de Ciencias Sociales, que era una Facultad nueva y contaba con disciplinas entre las que no estaba la radicación fundamental de la Historia, que durante un largo tiempo se quedó en Humanidades. A pesar de todo, buena parte de ese pleito que ya lleva tantas décadas lo he vivido en más de un sentido como inmigrante.

¿Cómo fue tu experiencia en la Facultad de Humanidades y por qué te fuiste a la Facultad de Ciencias Sociales?

En Humanidades entré por concurso como grado 2 en 1985. Luego ascendí a grado 3 y afirmamos un vínculo muy fuerte con Barrán. A finales de los ochenta se dio el debate sobre la creación de la Facultad de Ciencias Sociales, lo que conllevaba entre otras cosas la división de la vieja Facultad de Humanidades y Ciencias. Allí se dio la disputa de en dónde quedaba radicada la Historia. Algunos sintetizaban por entonces el debate de esta manera poco académica por cierto. «¿Qué se prefiere ser? ¿Cola de león o cabeza de ratón?» Y ganó el «ambicioso» proyecto de ser «cabeza de ratón». La verdad que con otros historiadores estábamos en la otra perspectiva, que para nosotros no significaba ser «cola de león», sino integrar a la Historia al campo que veíamos muy cercano de las Ciencias Sociales. Tenía mucho que ver con nuestra propia historia. Yo había trabajado con Pepe Rilla, Mónica Maronna y Ana Frega, muy cercanos a las ciencias sociales, en el CLAEH. Inicialmente entonces estuve en los dos lados. En 1989, cuando tenía 31 años, concursé por un grado 5 para ingresar al Departamento de Ciencias Políticas de la Facultad de Ciencias Sociales. Y lo gané. Y bien, ahí empezaron algunas dificultades.

¿Qué tipo de dificultades?

Había una competencia un poco «sorda» y luego estuvo el famoso «episodio de los historiadores», como por entonces se llamó. La verdad es que no me gusta recordarlo. El Consejo de la Facultad nos reclamó a un conjunto de historiadores (entre ellos estaban Lucía Sala, Julio Rodríguez, Raúl Jacob, Rilla y yo) por haber aceptado concurrir a un curso abierto en la entonces novel Universidad Católica, en el que participaba Edmundo Narancio. Fue un episodio muy penoso para nosotros, recuerdo la dura carta que enviamos al Consejo. Pero bueno, eso marcó un cierto distanciamiento con Carlos Zubillaga, que en mi caso resultó especialmente doloroso. La gota que desbordó el vaso sucedió a fines de 1993, en diciembre del año pasado se cumplieron 30 años. Por el año sabático de José Pedro había quedado a cargo de la Dirección del Departamento de Historia del Uruguay. En Humanidades yo era grado 3, aunque por distintos motivos tanto Raúl Jacob como Julio Rodríguez habían renunciado a sus cargos, también de grado 3. El clima se había enrarecido. Raúl Jacob era un investigador extraordinario, lo sigue siendo, un gran compañero de trabajo, con quien trabajé muchísimo y muy bien. Pero tenía pánico escénico para dar clases. Nosotros con José Pedro le dábamos

la vuelta para que diera clases en talleres y daba clases extraordinarias en el marco de talleres de investigadores. Y eso lo hacía muy bien, pero querían que diera clases generales convencionales. Eso hizo que yo, cuando era grado 2, sin ningún problema porque me gustaba la docencia, tuviera a mi cargo multitudes de estudiantes en Historia del Uruguay III en los años 1987, 1988, 1989. Llegaban a ser trescientos o cuatrocientos estudiantes. No tenía problema, pero con el clima enrarecido que se había ido conformando se fueron Julio [Rodríguez] y Raúl [Jacob], luego también Rilla que trabajaba en el Departamento de Historia Universal. Y ahí no aguanté. Porque, además, hubo un episodio que fue la reelección del decano [Zubillaga] y una carta de apoyo que para mí y para otros era de una obsecuencia espantosa. Ni siquiera Carlos [Zubillaga] se animó a pedirme que la firmara. Me la trajo otro docente grado 5 que, por supuesto, compartía mi visión, pero no quería hacer problemas. Cuando salió esa carta, Barrán no firmó, Lucía Sala no firmó, Juan Fló no firmó, Hugo Achugar no firmó, yo no firmé, y algunos pocos más tampoco lo hicieron. Más del 90 % del resto de los docentes sí lo hicieron. No había necesidad. Para colmo pusieron la lista de firmantes en un pizarrón a la entrada de la Facultad. Y los estudiantes intervinieron la lista de los firmantes: «Acá falta fulano, mengano... en orden alfabético». Ahí entendí que había cumplido un ciclo. Fue muy doloroso, porque me separé de mis colegas de oficio y también del contacto directo y cotidiano con los estudiantes que eran los futuros historiadores. Pero si me quedaba, el proceso iba a terminar mal, sobre todo porque no quería comprometer mi vínculo por tantos motivos personales con Carlos Zubillaga. Hablé con Barrán que me quiso persuadir de mil maneras, pero al final presenté mi renuncia. El Consejo formó una comisión que presidían Lucía [Sala] y Blanca [París] para que la retirara. Sin embargo, la mantuve, con gran pena, aunque con convicción. Como ya dije, era grado 5 en Ciencias Sociales y allí daba Proceso Político Uruguayo para todas las licenciaturas radicadas en una Facultad que recién empezaba, había más aire y juventud. Fue muy penoso para mí. El ambiente se había vuelto complicado en Humanidades. Pero yo era historiador de origen y vocación, siempre fui historiador antes que cualquier otra cosa, siempre he tenido muy claro eso, más allá de mi formación interdisciplinaria en el CLAEH y de mis cercanías con la Ciencia Política. Fue una opción difícil, aunque al final también creo que enriqueció mi perspectiva intelectual. En particular en relación con el análisis político sobre la coyuntura y el estudio focalizado en las dimensiones más políticas de las relaciones internacionales.

¿Cómo nació el interés por combinar Historia y Ciencia Política?

Empezó en el CLAEH, porque todos estábamos de un modo u otro con el foco en la política y el ambiente nos proyectaba hacia la interdisciplinaria. Incluso los que estudiaban Economía o Sociología. La obsesión compartida era cómo contribuir desde la actividad intelectual para terminar con la dictadura. Era una obsesión lógica y muy propia de los desafíos de aquellos tiempos difíciles. Yo trabajé en proyectos solitarios, pero también en equipos. En especial con Pepe Rilla, aunque también con Romeo Pérez. Hoy, a pesar de que mantenemos la amistad, estamos muy lejos en algunas sintonías y posiciones. Pero también se mantienen coincidencias básicas: la adhesión ineludible por la democracia y la necesidad de mantener una democracia de partidos, con convivencia amplia y el mayor de los pluralismos. Era un vínculo muy cercano, que por cierto se proyectaba a otros como obviamente con Carlos Zubillaga, Carlos Pareja, Walter Cancela, entre tantos. Leíamos textos de Ciencia Política, tomábamos clases y conversábamos con politólogos. Esa red continuó y se profundizó en la Facultad de Ciencias Sociales con Jorge Lanzaro y con los politólogos que volvían a Uruguay. Pero repito: por mi vocación, formación y proyección soy y siempre he sido antes que nada un historiador. Les puedo decir que lo siento cada vez más.

¿Cómo evaluas hoy la hipótesis partidocrática que plantearon con José Rilla y Romeo Pérez fruto de ese cruce entre *Historia y Ciencia Política*?

El artículo que funda esa hipótesis fue publicado en los Cuadernos del CLAEH en 1987, o sea que tiene más de 35 años. Formó parte de una reflexión que nació en el contexto de la transición de la dictadura a la democracia. Siempre cultivé una perspectiva interpretativa que casi que como tropismo teórico y metodológico confrontaba con la visión «isleña» del Uruguay, con su mito casi que inherente de la excepcionalidad uruguaya y del Uruguay como la «Suiza de América». Eso también viene de otras «juntas» que tuve en aquellos años. A través de Romeo Pérez tuve muchos vínculos con el Tucho [Alberto Methol Ferré], que te metía región, mundo y al «Uruguay como problema».⁸ Tuve mucha cercanía con él, incluso en términos de amistad, pese a las grandes diferencias de edad. La hipótesis partidocrática tenía mucho que ver con una explicación de cómo se había forjado la democracia en el país y de lo que veíamos como el núcleo más duro de la cultura política uruguaya, que por entonces renacía luego de la dictadura. También tenía que ver con nuestras lecturas fermentales de Real de Azúa y hasta de Pivel Devoto. Respecto a este último formé mi opinión desde una cierta lógica contradictoria. Por un lado, conocía bien las cosas más discutibles de los enfoques de Pivel, enriquecidas por la visión al respecto de Carlos Zubillaga. Pero también tempranamente aprendí a descubrir su mejor versión, profundizada por mis crecientes conversaciones con Barrán, que lo admiraba muchísimo. Y como alumno directo de Pivel creo que pude balancear lo mejor y lo no tan bueno de su obra. Y siempre digo que en el balance por lo general gana lo mejor, aunque fuera primitivo y hasta un tanto autoritario en algunos aspectos. Por ejemplo, en la *Historia de los partidos políticos en Uruguay*⁹ no define ni una vez lo que es un partido, asume enseguida que son «divisas», con lo vago y polisémico de ese concepto. Para cubrir un poco mejor ese vacío teórico recuerdo que con Rilla usábamos la categoría de los «protopartidos». Me acuerdo bien cuánto se reía de eso el Pancho Aricó cuando se lo contamos. Sin embargo y con todos los recaudos, quien descubrió la relevancia de la centralidad de los partidos en realidad fue Pivel Devoto, claro que siempre desde una lógica bipartidista excluyente de toda tercería y con todo lo que podamos decir de su periodificación y de varios de sus enfoques.

Puedo decir que, si José Pedro Barrán fue el mejor crítico que escuché del tomo 4 de la *Historia rural del Uruguay moderno*, con él aprendí a ser el mejor crítico de la hipótesis de la partidocracia uruguaya. Como José Pedro decía sobre la *Historia Rural* que había escrito con el Benja Nahum, a tantos años de distancia habría que escribirla de nuevo, aun manteniendo ciertos núcleos centrales del enfoque. Pero, como toda hipótesis, creo que su superación difícilmente venga de su negación radical y de su sustitución tajante. Sigo pensando, por ejemplo, que Clarel de los Santos pudo elaborar recientemente una excelente tesis sobre el tema —integré el tribunal que la evaluó— porque fue muy sabio y abierto en la opción que tomó de explorar con otros «anteojos» más actuales sobre ese universo maravilloso y muy complejo del tejido poroso entre los partidos y otro tipo de agrupaciones políticas del siglo XIX.¹⁰ Por supuesto que hubo mucha discontinuidad entre las trayectorias de blancos, colorados, principistas, nacionalistas, liberales, conservadores, entre flujos conceptuales muy cambiantes y polisémicos. Pero hay que advertir las raíces «de larga duración» de esta idea de la temprana construcción de una democracia de partidos que hoy no prospera en ningún otro país latinoamericano.

En verdad creo que en ese ejercicio analítico y conceptual sigue habiendo una pista importante para entender al Uruguay y que como tantas otras cosas, esas raíces no nacieron abruptamente en el siglo XX. Como decía Real de Azúa, para entender al Uruguay del siglo XX hay que saber tender puentes

8 Methol Ferré (1967/2015).

9 Pivel Devoto (1942).

10 De los Santos (2024).

explicativos entre la «tierra purpúrea» del siglo XIX y el Uruguay moderno que vino después. ¿Qué es un partido hoy? Es algo completamente diferente. Pero hay algo que sobrevive de esa hipótesis. Yo empecé a profundizar en esa hipótesis analizando la acción política de los grupos de presión empresariales. Entonces cuando veía que en las directivas de la Federación Rural, desde su fundación en 1915, se alternaban riveristas y herreristas en la presidencia y la vicepresidencia. O cuando veía la trama conservadora contra el batllismo, como lo veíamos con Raúl Jacob cuando empezamos a trabajar juntos. Cuando veías la obsesión por crear un partido empresista y conservador, como la Unión Democrática de 1919 y veías que estaban radicalmente en contra Herrera, Manini Ríos o Terra. Un conocido dirigente ruralista de entonces como Segundo Santos, decía resignado hacia 1929: «en este país nada puede hacerse fuera o sin contacto con los partidos políticos». Cabe preguntarse cómo un liberal conservador que en verdad era genial como José Irureta Goyena, un verdadero «Bossuet laico de nuestras clases altas», como lo había definido Real de Azúa, ¿cómo aceptó ser el primer candidato de ese partido que aun con listas solo en Montevideo terminó en un fracaso fenomenal? Aun entonces, allí había un problema importante. ¿Cuánto de la hipótesis de la partidocracia sobrevive hoy a casi cuarenta años de su primera formulación? Creo que algunas cosas, aunque también advierto que hay que reformularla por completo. Como dice Braudel, en una expresión que siempre me ha gustado: «Las hipótesis son como barcos: sirven para navegar. Y su momento más significativo es el naufragio».¹¹ De todos modos, y aquí pensando en el Uruguay de hoy y del futuro, en realidad anhelo que sigamos siendo una democracia de partidos.

¿La hipótesis partidocrática no termina abonando el paradigma de la excepcionalidad uruguaya?

Como antes dije, creo que no, al menos no necesariamente. Esa es la clave para que sirva, tanto en términos analíticos como incluso políticos. Porque si vos decís: una democracia de partidos en un mundo en el que los partidos están involucionando ¿hasta qué punto la hipótesis partidocrática no era una manera de reivindicar la política uruguaya de todos los tiempos y reafirmar el mito de la excepcionalidad?¹² Y no lo era. Es más: creo que la única manera de rescatar lo bueno de la hipótesis de la partidocracia es cuestionar que pueda ser tomada como sustento del mito de la excepcionalidad. Porque si unís partidocracia y el mito de la excepcionalidad estás frito. Es muy interesante, por ejemplo, lo que implicaba estudiar el batllismo desde esa clave. Para mí, la teoría política que defendía el primer batllismo era mucho más republicana que liberal. Desde su republicanismo defendía la participación sobre la representación. Batlle era clarísimo en eso. Y, además, en buena medida en alguna propuesta rozaba una visión hegemónica autoritaria. Quería que los integrantes de la Suprema Corte de Justicia fueran elegidos directamente por el pueblo a través de listas partidarias. ¡Una locura que podía estar bien intencionada, aunque era peligrosísima! Lo sensato vino del «pacto de los ocho» que establecía la elección con venia de dos tercios del Senado, con todo lo que implica ese sistema de equilibrios. El batllismo era la afirmación de los partidos asamblearios y del mandato imperativo. En buena medida desconfiaba de la representación. Las presidencias rotativas hasta en los comités seccionales de barrio. Sin embargo, el batllismo también supo pactar y de manera virtuosa. No tenía el respaldo militar, con una cúpula castrense que era colorada, aunque mayoritariamente antibatllista. Barrán y Nahum incorporan en *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico* la hipótesis de la autonomía relativa del Estado. En el tomo I de la colección, *El Uruguay del 900*, hablan de la autonomía relativa del sistema político. Ellos no habían leído a [Nicos] Poulantzas.¹³ Era algo que ellos veían y con gran

¹¹ Braudel (1968/1970, p. 93).

¹² Caetano et al. (1987).

¹³ Poulantzas (1969).

intuición histórica lo narraron primero de ese modo. Era claramente una formulación equivocada porque el sistema político englobaba al movimiento sindical, a las cámaras empresariales...estaba todo. En el Tomo III, ese tomo maravilloso sobre *El nacimiento del batllismo*, hablan de la autonomía relativa del Estado.¹⁴ Ahí cambian porque ya habían leído a Poulantzas, aunque de modo muy laxo. Nunca partieron exclusivamente de la teoría para interpelar y luego narrar los acontecimientos. Eran eruditos de la narración y por cierto que reflexionaban. Sin embargo, no buscaban que los acontecimientos que registraban encuadraran en una visión teórica rígida. Y en el Tomo VIII de esa colección, *La derrota del batllismo*, y estoy seguro que eso fue de José Pedro, hablan de la autonomía relativa de los partidos.¹⁵ Era una cosa maravillosa. Desde la narración más erudita y con teoría, aunque laxa, llegaban casi sin quererlo a la partidocracia. Trataban con enorme imaginación de construir una categoría que pudiera explicar lo que veían. Ahí había algo. Claro, la partidocracia en su formulación original estaba muy cargada de esa pulsión modélica de la Ciencia Política. Y el tiempo me ha enseñado que la teoría siempre está bien, pero no impide que los acontecimientos ocurran, algo que han sabido barruntar de tantas maneras los grandes historiadores de todos los tiempos.

La necesidad de buscar una salida de la dictadura en los ochenta pudo revalorizar a los partidos a la par que la Ciencia Política se profesionalizaba. ¿En qué medida no restringió la agenda a los asuntos locales de la democracia liberal y abandonó preocupaciones más globales de las tradiciones estructuralistas o marxistas?

Puede ser. Hoy la Historia debe ser global necesariamente. Eso no era tan claro hace décadas. Todo texto hay que leerlo en su contexto. Nosotros también hicimos con Pepe [Rilla] en 1987 la *Breve historia de la dictadura*.¹⁶ Una reconstrucción histórica con la poca documentación que teníamos disponible por entonces no podía ser otra cosa que una historia focalizada en la evolución del régimen. No podía ser una historia de la resistencia porque el acceso a la documentación desde esa perspectiva era limitado, muy asimétrico y difícil. Tomamos como documentación eje a *Búsqueda*, desde sus orígenes en 1972 hasta 1986, sobre todo a partir de su conversión en semanario. Y ahí también nos encontrábamos con la sociedad, con la economía y con la cultura, claro que desde aquello que podía ser publicado. 1983 fue el momento de radicalización de la lucha contra la dictadura y los que entonces predominaron no fueron solo los partidos, sino también los nuevos movimientos sociales, que emergían con mucha potencia. En 1984 hay un cierto aplastamiento de ese resurgir de la sociedad civil con los partidos retomando el timón, incluso con el Frente Amplio desproscripto de hecho en la calle y con [Líber] Seregni libre. Los partidos conduciendo esa nueva sociedad en el tramo final de la dictadura, con los militares manteniendo poder. Había organizaciones sociales de nuevo tipo que estaban por una salida más rupturista y radical, aunque no violenta, con la dictadura. Y de forma muy clara lo que se impuso fue una transición moderadora. Me acuerdo de que con Rilla éramos críticos de eso entre otras cosas porque admirábamos a (Carlos) Quijano, que murió en 1984 criticando ese modelo de transición. Luego fuimos muy críticos de cómo la coalición blanquicolorada dejó en la Prehistoria con rapidez a la Conapro (Concertación Nacional Programática), que era la expresión de toda una incorporación de otros actores sociales. Creo en cierto modo que una endebles de aquel primer artículo fundacional sobre la partidocracia fue que se expresó a través de una formulación muy politológica, que sin embargo se sustentaba desde una preocupación más histórica. Ahí que el peso de Romeo Pérez, que no venía de la mirada historiográfica, contribuyó de manera decisiva a construir algo más cercano a un modelo, con todo lo que los modelos sirven y a la vez complican. No puede

14 Barrán y Nahum (1982).

15 Barrán y Nahum (1987).

16 Caetano y Rilla (1987a).

dar cuenta de muchas cosas que vinieron después y que puede ser utilizado, como fue utilizado por la transitología, para fundamentar la defensa del proceso uruguayo como un modelo muy virtuoso de transición, algo que nosotros como autores (y aquí incluyo a Romeo) no compartíamos. Y en varios aspectos peca de uruguayismo, tal vez como no podía ser de otro modo en aquel momento. No es la visión de una Historia Global a lo [Sebastián] Conrad o [Peter] Burke. Tiene virtudes, pero tal vez es una explicación demasiado modélica y tiende a ser utilizada, de forma equivocada, como si pudiera sobrevivir a todo tiempo y lugar. Yo no me siento para nada constreñido por haber escrito ese texto hace 37 años. Sí creo que como hipótesis tan gravitante sobrevivió tal vez demasiado. Y hoy por lo menos debería ser complementada y complejizada, que creo que es un poco lo que está pasando. Pero no creo que de lo que se trate es de hacer otro modelo distinto. Por ejemplo, ahora veo con buenos ojos una reinterpretación de la estructura del Frente Amplio en el trabajo de Verónica Pérez, Rafael Piñero y Fernando Rosenblatt.¹⁷ Es una reivindicación de cómo un partido con una estructura formalmente muy participativa puede ser un ejemplo de sobrevivencia. Me acuerdo de que la estructura del Frente Amplio, con aquellas cosas laberínticas que inventaba Seregni para evitar la ruptura, siempre era objetada por muchos desde una visión que decía que el Frente Amplio tenía que tener sus elecciones internas más abiertas y que sus órganos partidarios tenían que representar mejor y de manera más ponderada esa dicotomía entre los representantes de una coalición de partidos y movimientos —que finalmente después se distribuyen más de un millón de votos— y un casco militante que con buena suerte llegaba a un centenar de miles de personas. Sin embargo, la lectura que Pérez y Piñero hacen desde la Ciencia Política más dura hoy me resulta persuasiva, me parece más moderna y abierta con la acumulación de lo pasado en estas casi cuatro décadas. Puede dar cuenta de la trayectoria de una fuerza política que ya tiene 53 años y ayuda a entender mejor al Frente Amplio, con sus vitalidades y problemas.

El Frente Amplio nace como una coalición y como un movimiento, pero a lo largo de su historia se convierte en un partido de coalición. En una identidad rarísima. Cuando viene gente de afuera o vos vas afuera del país no pueden entender el ejemplo del Frente Amplio. Es una rareza absoluta. ¿Cómo no se desbarranca? ¿Y a qué viene esto con la hipótesis de la partidocracia? También lo que ha pasado con el Frente Amplio tiene mucho que ver con el funcionamiento de una democracia de partidos. No creo que hubiera podido sobrevivir —y aquí vale la pena recordar cuántas partidas de defunción se proyectaron sobre el FA desde fuera y también desde adentro de filas— en otro país sudamericano. En suma, la hipótesis sigue teniendo virtudes en términos descriptivos, pero obviamente también presenta problemas para explicar lo que pasa hoy. ¡Bueno fuera que no los tuviera! Y la afirmación de que puede afirmar el mito del excepcionalismo uruguayo o de la autocomplacencia con nuestra democracia puede ser uno de ellos. Si se quedan en la superficie todos quieren ser como Uruguay, pero cuando profundizás sobre lo que hay más abajo, por supuesto que te encontrás con problemas y desafíos a menudo acuciantes.

Además de estudiar sobre el primer batllismo en el CLAEH, incursionaron con José Rilla en el estudio de referentes intelectuales de la izquierda uruguayo como Carlos Quijano.¹⁸ ¿Qué los motivó a pasar a estudiar a la izquierda?

Utilizando una categoría de [Carlos] Vaz Ferreira, era un momento muy fermental. Podías registrar las luces del primer Batllismo, podías entender a un antibatllismo feroz como el de Tucho, pero al mismo tiempo valorar la necesidad de vivir al «Uruguay como problema». Todo eso podía conciliarse

17 Pérez et al. (2023).

18 Caetano y Rilla (1986).

con un enamoramiento fuerte con *Marcha* y con Carlos Quijano. ¿Cómo se articulaba todo eso? Con mucha libertad. Estábamos en una época donde podíamos juntar esas partes en apariencia muy disímiles de manera muy libre. Porque Quijano era varias cosas para nosotros en aquel momento: también era la contestación a una transición cojitranca. Me acuerdo que Oscar Bruschera nos felicitó por el libro sobre Quijano y por la *Breve historia de la dictadura*, porque había estado en contra del Pacto del Club Naval. Nosotros al final de la *Breve historia* planteamos esa idea de «un mal socio para una buena salida». ¿Cómo se podía hablar de una transición casi modélica, como se decía en los libros que expresaban el sentido común de la «transitología» de entonces, cuando se hacía al precio de la justicia? Yo no estuve a favor del Pacto del Club Naval. Después pude entender a Seregni. Se posicionó en un lugar en donde, sin definir con claridad una identidad propia, al Frente Amplio se lo llevaban puesto. Bruschera decía también que los marchistas eran «blancos battlistas»: lo primero por el siglo XIX y lo segundo por el XX. En ese contexto, una vez más Quijano representaba la crítica a la izquierda dogmática; la crítica al Uruguay encerrado dentro de fronteras o panamericanista, para orientarlo en una genuina perspectiva latinoamericana; era socialismo democrático, pero en serio. También simbolizaba la apertura al mundo transformado, la posibilidad de un vínculo efectivo entre cultura y política, era antiimperialismo e internacionalismo modernos. Representaba una manera de construir una sociedad equilibrada en la que hubiera partidos y representación, pero también canales abiertos para la participación. Y, por sobre todo, Quijano era democrático de forma inalterable. Lo había sido en 1942, lo había sido en febrero de 1973 y lo volvió a ser en 1984. Entonces había muchas cosas de Quijano que nos gustaban.

Del mismo modo nos enamoramos de [Carlos] Real de Azúa. Fuimos parte del éxito póstumo de Real de Azúa. Había muerto en 1977 y leyendo sus libros conversábamos de manera apasionada con él. Me acuerdo que José Pedro [Barrán], que lo quería mucho, me decía «Carlitos era medio facho». Había sido profranquista en su primera juventud (luego se retractó en *España de cerca y de lejos*)¹⁹ y terminó escribiendo cosas muy duras contra la Universidad de la República y contra la izquierda. En sus últimos años estaba muy enamorado de la Ciencia Política norteamericana. Pero también tenía una mente muy abierta. Entonces ese hilado tan complejo con Quijano, Real de Azúa, el Tucho Methol, el primer batllismo e incluso con ciertas fibras antiimperialistas de Herrera ¿cómo se ataba? Y sí, se podía. En un contexto de dictadura podíamos tener una interlocución con otros historiadores y científicos sociales que estaban afuera. Estábamos en Clacso [Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales] que por entonces era la posibilidad de salir de la provincia, de ver a uruguayos exiliados y de debatir con historiadores de la talla de Tulio Halperin, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero, José Carlos Chiaramonte, Waldo Ansaldi, entre otros. Luego del fin de la intervención [marzo de 1985], la Universidad pudo incorporar mucho de esa acumulación. Barrán y Nahum fueron casi un milagro. Cuando les dieron el premio *Haring* muchos no lo podían creer. Tenían casi una veintena de libros, aunque solo dos artículos en revistas arbitradas. Me acuerdo cuando les vino una crítica sobre un artículo que habían postulado a una revista canónica. Les decían cosas como «acá hay demasiada utilización de la teoría de la dependencia», «falta la teoría...», etcétera. José Pedro se calentó. Decía que era una falta de respeto que les dijeran lo que tenían que hacer. Nunca les gustó eso, sobre todo a José Pedro que era muy crítico.

El equipo que conformaste con Rilla pareció consolidarse a partir de la Breve historia de la dictadura, libro clave que muy temprano en 1987 ayudó a organizar, sintetizar y divulgar a pesar de la dificultad del contexto y el acceso a las fuentes.

19 Real de Azúa (1943).

En ese caso van 37 años de sobrevivencia [del libro]. Demasiado. Con las restricciones documentales y de contexto intelectual con las que ese libro fue hecho, yo quiero que no se reedite más. En su momento puedo testimoniar que fue un libro muy valiente. Muchos periodistas nos decían en 1987 que íbamos a tener que comernos ese libro, porque la idea de que la dictadura podía volver estaba ahí. La primera tapa del libro fue censurada. Era el monumento a La Bandera, en la actual Plaza de la Democracia, con la bandera grande encerrada tras los barrotes de una prisión. En la editorial nos dijeron que no convenía porque podía generar repercusiones legales. Pero era la mejor tapa, por lejos.

En la Breve historia de la dictadura también hay un cruce con la Ciencia Política al adoptar la periodización de Luis Eduardo González que se vuelve canónica.

Con una corrección que siempre hemos destacado. Luis Eduardo habla de la «transición democrática» para el período 1980-1985 y nosotros hablamos de la «dictadura transicional». La verdadera transición, en realidad, fue de 1985 a 1989. Pero yo tengo mucha expectativa con el nuevo libro colectivo sobre la dictadura que vamos a publicar este año, con aperturas realmente renovadoras como las de ustedes dos, Leonor Berná, Virginia Martínez y Matías Rodríguez. Mi anhelo es que luego de haberse agotado esta última edición de 2023 sobre la *Breve historia de la dictadura*, que ahora quede definitivamente agotada con respecto no solo a la periodización, sino también a novedades y posibilidades de meterse en profundidad en nuevos asuntos, que cuando la escribimos en 1987 no eran posibles. Y con Pepe, por muchos motivos, no vamos a ajustar o ampliar el viejo texto. Mucho menos hacer algo nuevo sobre el período.

Al escribir la Breve historia de la dictadura, sus líneas de investigación principales seguían con el primer batllismo. ¿Cómo surgió la idea de hacer un libro sobre la dictadura que acababa de finalizar?

Seguíamos estudiando por separado el primer batllismo. La línea de investigación de Rilla era la que terminó en el libro *La mala cara del reformismo*, que era sobre la política fiscal.²⁰ Yo estudiaba a las cámaras empresariales y su confrontación con el batllismo. *Breve historia de la dictadura* surgió justamente de ese ambiente más abierto en el que si bien cada uno tenía sus propias líneas de investigación, otros proyectos colectivos emergían. Y en mi caso no solo con Rilla: coordiné con Hugo Achugar varios libros sobre políticas culturales e identidad,²¹ lideré con José Pedro y Teresa Porzecanski la colección en tres tomos de la Historia de la Vida Privada en Uruguay,²² entre otros emprendimientos. Era un tiempo muy fermental. Investigar a Quijano surgió de leer juntos con Rilla buena parte de la colección de *Marcha*. Con *Breve historia de la dictadura* vimos que era una necesidad y nos metimos. Lo mismo ocurrió con el número especial que le dedicamos en los Cuadernos del CLAEH a Carlos Real de Azúa a diez años de su muerte.²³ O cuando participamos en 1989 con una ponencia sobre la «crisis del socialismo real» y cómo había impactado en Uruguay, en la fundación del Partido Comunista, en la desestalinización, en la invasión a Checoslovaquia...²⁴ Creo que ahí ya estábamos muy cruzados con la Ciencia Política. Quizás hasta demasiado. Éramos historiadores que queríamos modelizar. Modelizar la interpretación de Real de Azúa, modelizar una mirada sobre la evolución de la dictadura... Como les dije, hoy me apasiona mucho más la narración que la modelización, lo que por cierto no quiere decir que me importe menos la teoría.

20 Rilla (1992).

21 Achugar y Caetano (1992).

22 Barrán et al. (1996-1998).

23 Caetano y Rilla (1987b).

24 Caetano y Rilla (1991).

Otro cruce en el que incursionaste fue con el psicoanálisis en la década de 1990. Integraste un grupo de trabajo con Barrán y los psicoanalistas Marcelo Viñar y Daniel Gil y como recordabas, codirigiste la colección sobre La historia de la vida privada en Uruguay

Era parte del momento e iluminaba una época. Por ejemplo, el quinto centenario del descubrimiento fue un hito cultural. En Uruguay había salido antes el libro *Bernabé, Bernabé* de Tomás de Mattos que fue un *best seller*.²⁵ Luego salieron los dos tomos de *La historia de la sensibilidad* de Barrán.²⁶ Y emergió una alianza, que tuvo mucho que ver con ese grupo de Historia y Psicoanálisis, que fue la alianza con [la editorial] Trilce. Estuvimos muy asociados con Trilce y Pablo Harari, en momentos en que sacaban una colección que se llama *Desafíos* y convocaban algo muy raro: por ejemplo, que los psicoanalistas trabajaran sobre temas que luego fueran proyectados en una editorial que no publicaba solo para los psicoanalistas. Por ejemplo, el libro de Daniel Gil sobre [Jorge] Tróccoli;²⁷ el de Maren Ulriksen y Marcelo Viñar;²⁸ y la publicación del seminario sobre la identidad nacional que hicimos en CLAEH con Hugo Achugar.²⁹ Muchos libros iban de manera más o menos paralela con la investigación que luego culminó en los dos tomos de *La Historia de sensibilidad en el Uruguay* de Barrán, que hoy ya lleva 28 ediciones, lo que es algo impresionante e inédito en la historiografía uruguaya. En verdad, José Pedro había iniciado antes ese otro trillo. Se puede ver en esa clave el primer tomo sobre *El Uruguay del 900 en Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*, por lo menos en su primera parte. Podría dar testimonio de ese giro anticipatorio en su labor intelectual. Inicialmente iba a ser el prólogo del primer tomo. Pero José Pedro se lo llevó a [el balneario] Las Flores en enero y el prólogo volvió como libro, y pasó a ser ese el primer tomo. Registrar todos aquellos emprendimientos que de un modo u otro convergieron por entonces es muy importante porque ilumina una época. Era un tiempo en el que cada uno tenía su trillo personal de investigación, algunos más fuertes, otros menos fuertes, pero todos tenían su trillo. Pero al mismo tiempo existía la capacidad de moverte con otros emprendimientos colectivos sin perder el centro de tus intereses. Desde el CLAEH y ya desde la primera inscripción en la Universidad estaba muy abierto, tal vez demasiado abierto, a tomar otros ejes y aventuras que me interesaban. Si recorres la colección de Trilce, impulsamos un concurso para jóvenes investigadores del que salieron Vania [Markarian] e Isabella [Cosse], Adolfo «Fito» Garcé y Gustavo De Armas, entre otros. Me precio de haberles hecho a Vania y a Isabella el *link* con Trilce para que publicaran *El año de la orientalidad*.³⁰ Y fue un golazo.

¿Seguiste el vínculo con el grupo de Historia y Psicoanálisis?

Sí, claro. Lamentablemente José Pedro se nos murió el 11 de setiembre de 2009. Pocos días antes de su muerte nos reunimos con él en su casa, en una instancia inolvidable. Pero me sigo reuniendo con Marcelo [Viñar] y con Daniel [Gil] hasta el día de hoy. La ausencia de José Pedro se siente mucho.

¿Cómo eran las reuniones de ese grupo?

En esas reuniones llevábamos cada uno un texto, lo distribuíamos y después a discutir. Era maravilloso porque los cuatro nos «pegábamos», aunque sabíamos que era para ayudar al otro. Era toda una instancia de confraternidad, nos hicimos hermanos. A ese grupo querían entrar muchos. Sin

25 De Mattos (1988).

26 Barrán (1989).

27 Gil (1999).

28 Ulriksen y Viñar (1993).

29 Achugar y Caetano (1992).

30 Cosse y Markarian (1996).

embargo, había como un celo cómplice. Hacíamos reuniones con otros, aunque el grupo de cuatro y ahora el de tres se mantiene.

¿Los textos que elegían eran de psicoanálisis?

Yo llevaba textos de Historia y José Pedro también. Daniel y Marcelo textos de Psicoanálisis. A veces tomábamos bibliografía para debatir. Por ejemplo, discutimos textos de Freud, o textos de Historia y Literatura, o discutimos en su momento sobre [Peter] Burke y otros. Discutíamos sobre todo el cruce de preocupaciones y de teorías. Era una maravilla y todavía lo sigue siendo. Daniel, por ejemplo, está terminando de escribir un libro sobre el amor en la historia. El año pasado hice un esfuerzo titánico para que pudiera editar su último libro de recuerdos y ausencias, muy melancólico. Ojalá pudiera publicar este nuevo libro que está preparando porque es una reflexión muy al estilo de Daniel, un intelectual con un conocimiento realmente impresionante sobre el mundo de los clásicos. Tiene una reflexión que va más allá del psicoanálisis. Por su parte, la reflexión de Marcelo es mucho más orientada al psicoanálisis y sus alrededores, desde sus temas como el sujeto, las fracturas de la memoria, los duelos, la violencia y sus impactos en los más diversos momentos. No tiene tanto que ver con el mundo de la antigüedad o con la filosofía. Yo que siempre fui el «hermano menor» del grupo, me siento muy privilegiado: todos me han abierto muchos mundos.

En esas reuniones discutimos el último libro de José Pedro que no casualmente presentamos los tres.³¹ Y José Pedro ya sabía lo que tenía y que se iba a morir. Él siempre decía que a él no le gustaba la Historia Reciente. Lo violentaba personalmente, porque no quería estudiar más allá del año 1934, el año de su nacimiento. Pero en ese libro, de manera magistral —porque era una despedida y todos lo sabíamos—, con ayuda de narradores clásicos como Flaubert, Celine y tantos otros, se permitió hablar de él y de la conmoción que estaba sintiendo, porque se encontraba haciendo un buceo por su yo más interior, sabiendo que estaba transitando los últimos momentos de su vida. En esas reuniones también estuvimos discutiendo un texto clave que es su discurso cuando recibe el Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual en el Teatro Solís en 2009.³² Fue maravilloso porque fue el texto de «lo que no fue». Esa dimensión de «lo que no fue» siempre tiene que estar presente tanto para el historiador como para la reflexión del psicoanálisis o para la introspección personal. Además José Pedro era maravilloso por las anotaciones que te hacía. Me acuerdo de que cuando ponía el «alumbramiento del terrismo», me retrucaba con «te salió demasiado ginecológico»; era muy bromista y cómico. Te ponía también cosas que te hacían pensar y mucho; conversábamos realmente y en esas conversaciones se colaba la vida. Porque hablábamos de los textos, pero después entrábamos a hablar de nuestras cosas y nuestras vidas. La última vez que nos juntamos, una semana antes de su muerte, yo propuse que grabáramos. Y aceptó. Me acuerdo que le dije que tenía que leer a Nietzsche. Me dijo que no lo había leído y me pidió que le llevara algo para la próxima vez, pero no llegué a dárselo porque se fue antes. De ese destiempo me arrepentí siempre.

Después de estas incursiones te dedicaste a investigar las dos familias ideológicas del Uruguay del novecientos: el republicanismo y el liberalismo conservador. ¿Qué legado de esas familias persisten?

El último texto que escribí con Pepe es de 2004, o sea, hace 20 años.³³ Eso ilustra una bifurcación de caminos, aunque mantuvimos la amistad. Si ven la primera versión de la partidocracia se suscribe una visión que es con la que voy a polemizar con mi revisión a propósito de las dos familias ideológicas

31 Barrán (2004).

32 Barrán (2010).

33 Caetano y Rilla (2004).

del Novecientos. Se cuestiona esa versión que creo equivocada acerca de una matriz ideológica liberal que con claridad era predominante en casi todos los actores uruguayos. El descubrimiento de la eclosión republicana y de su fuerte impacto en la Historia de las Ideas tiene mucho que ver con mi acercamiento a la Historia conceptual. Por aquellos años me contacta Javier Fernández Sebastián, el coordinador de Iberconceptos. A partir de allí se armó un grupo uruguayo que integraba a Ana Frega, Ana Ribeiro, Inés Cuadro, Ariadna Islas y Wilson González Demuro, bajo mi coordinación. Ese grupo participó en varios emprendimientos iberoamericanos y en lo local publicó el libro sobre la Historia conceptual.³⁴ De alguna manera siguió y aún sigue con ciertas redes de Historia Conceptual muy relevantes. Eso me ayudó a reabrir miradas y meterme otra vez en eso que siempre digo que es el período privilegiado de mi mirada historiográfica. Yo creo que todos los historiadores tienen su período privilegiado. Los psicoanalistas dicen que todos tenemos nuestro fantasma privilegiado. Uno anda, va y viene, pero no tengo ninguna duda que mi período privilegiado es el que va desde finales del siglo XIX hasta las décadas de 1930-1940. Para mí implicó una relectura del primer Batllismo porque pude ver cosas nuevas y enfoques que no había advertido en mis investigaciones anteriores. Por ejemplo, quien dice que el Uruguay es un país en plenitud liberal en realidad no termina de entender al batllismo. El batllismo en su teoría política era mucho más republicano que liberal. No entender eso tiene implicaciones fuertes. El primer batllismo, más que liberalismo, proponía un republicanismo con perfiles solidaristas. De allí también la importancia de los cruces con intelectuales de otras disciplinas. Por ejemplo, me influyó mucho mi acercamiento a Óscar Sarlo, que es un gran filósofo del Derecho y que en forma paralela estaba trabajando cosas muy similares a propósito del artículo 72 de la Constitución. O también mi vínculo con alguien que había sido alumno y a quien le dedico el libro sobre *El liberalismo conservador* que era Pablo Ney Ferreira.³⁵ Su tesis en España iba a ser sobre el republicanismo, sobre la escuela republicana española que es una escuela muy vigorosa. Era tal vez, junto a Javier Gallardo, quien más sabía sobre republicanismo en el Uruguay. Y el republicanismo estaba teniendo una revolución a nivel de la teoría política en el mundo, con una escuela española de envergadura. Los historiadores conceptuales lo estaban planteando. Para empezar a hablar de libertad tienes que ver de dónde vienen los conceptos y definirlos. El contraste entre la libertad negativa y la libertad positiva. La *libertad de* entendida como *no interferencia* y la *libertad para* como *autogobierno*. Y tantas otras referencias vinculadas con ese discernimiento central. Yo lo advertí como una especie de maqueta de un gran debate ideológico opacado, con muy fuertes implicaciones. Porque lo que veías era que la concepción de democracia que defendían los batllistas, y junto con ellos el Partido Socialista y otros movimientos sociales, era bastante diferente a la de nacionalistas, riveristas y cívicos. Desde una perspectiva de Historia Conceptual, con claridad no era liberal. Pero aún desde la visión canónica de la Historia de las Ideas más clásica sobre el liberalismo y el republicanismo, el batllismo no era liberal. Eran dos visiones que tenían una proyección muy diversa en campos como el de la organización social, la concepción del Estado o la visión del mercado, los límites entre lo público y lo privado, la visión del ciudadano y su percepción del espacio de la política, el origen de los derechos, etc. Esas definiciones se articulaban muy bien con las matrices diferentes de teoría política que estaban involucradas en las ideas disputadas por unos y otros en el «largo 900». Eso estuvo en mi tesis de doctorado, que de forma tardía hice en la Universidad Nacional de La Plata, y que luego fue el núcleo duro de lo que va a ser *La República Batllista*, publicada en 2011.³⁶ Con mucha y nueva documentación, pero también con un amplio repertorio de preguntas también novedosas, empecé a

34 Caetano (2013).

35 Caetano (2021).

36 Caetano (2011).

ver el período de otra manera. Después de *El Liberalismo Conservador. Genealogías* de 2021, hoy sigo metido allí. Junto a Camilo López estamos investigando en profundidad los impactos del primer fascismo en Uruguay, con descubrimientos también relevantes. No quiero que sea un modelo rígido, por su puesto. Además, tiene una traducción mucho más historiográfica que politológica, porque uno se ha vuelto más historiador. Hubiera sido muy fácil, lo asumí de forma deliberada, decir que había una disputa dentro del liberalismo entre el liberal-conservadurismo y el liberalismo progresista. Pero no hubiera dicho casi nada. En cambio, reivindicar la identidad de una visión republicana implicaba constatar que hay actores que en su momento pueden participar de un contexto léxico donde hay conceptos no compartidos, con palabras «prohibidas», con sentidos contrapuestos muy diferentes.

En el 900, por ejemplo, la vieja visión de «República» configuraba un concepto olvidado, casi prohibido en su acepción clásica, que después de un gran deslizamiento conceptual había restringido muy fuertemente sus alcances semánticos a la visión estrecha de un régimen alternativo a la monarquía. «República», durante el siglo XIX, en medio de la fuerte victoria ideológica del liberalismo en la definición de la modernidad política, había perdido su indispensable axiología inherente, su otra proyección de comunidad, su visión de las exigencias y virtudes para el ciudadano desde una noción admitida de «bien común». Aunque desafiara muchos sentidos comunes instalados y controvertiera también con la pluralidad de resignificaciones de la noción de republicanismo, creo que esa distinción de familias ideológicas confrontadas en un momento fundacional —aunque con sus raíces— de la democracia en Uruguay contribuía mucho mejor para la comprensión de los debates de fines del siglo XIX y de comienzos del siglo XX. Como diría nada menos que José Irureta Goyena en su discurso de ingreso a la Academia Nacional de Letras, en ese rumbo se podía recobrar la centralidad de la discusión en torno a la solidaridad como la traducción más contemporánea del principio de fraternidad.

¿Cómo se cruzan republicanismo de perfil solidarista y liberalismo conservador con izquierdas y derechas?

Sin duda se cruzan, aunque tenés los pluralismos de cada una de las dos familias ideológicas. La adjetivación es enorme. Podrías hacerte un «picnic intelectual» solamente viendo la adjetivación de los conceptos liberalismo, democracia o república. Incluso he encontrado muchas veces la noción de liberalismo izquierdista. La gran investigación global de [David] Collier sobre los adjetivos de la democracia encuentra centenares de adjetivaciones.³⁷ Y es brutal también la pluralidad de los adjetivos para república. Buscando de alguna manera achicar la perspectiva, en el Uruguay del 900 se ve predominante un liberalismo conservador mucho más asociado con el liberalismo anglosajón de Edmund Burke y distante de la tradición republicana francesa. Y se ve también —aunque referido de otra manera, por lo ya dicho en el cambio de las palabras a los conceptos— un republicanismo muy afrancesado que hace un redescubrimiento de la proyección y significación de los principios de la Revolución Francesa. Era la gran discusión en la que estaban Batlle, Herrera, Irureta Goyena, Martín C. Martínez, Luis C. Caviglia; Rodó y tantos otros. Porque los impactos de los socialismos, de los anarquismos y sobre todo de la Revolución Rusa, aunque emergentes y vigentes, en más de un sentido se instalaban sobre esa discusión anterior. No es que se rompen los pleitos en torno a la Revolución Francesa y empieza otra discusión completamente nueva. Ahora estoy tratando de ver un tercer momento con los impactos y la fascinación que despierta el primer fascismo. Después de ese momento clave que fue la Primera Guerra Mundial, muy poco conocido y cada vez más relevante en la comprensión en larga duración de las relaciones internacionales, sin duda que llegan los debates sobre la confrontación entre liberalismos, socialismos y fascismos, pero se sigue discutiendo lo que algunos llamaban el «triángulo místico» de los principios de la libertad, la igualdad y la solidaridad.

37 Collier y Levitsky (1998).

Hay una fascinación por esas nuevas dictaduras fascistas de los 20, en una atracción que también podía ser por izquierda, a través de la asunción del corporativismo, la reorganización del nuevo mundo del trabajo y el llamado «rojipardismo». Pero sobre todo se advierte el despliegue de la disposición autoritaria existente en el liberalismo conservador, que quiere un capitalismo a lo Burke y que recela del desborde de los «jacobinismos» y del principio de la «soberanía popular». Luis Alberto de Herrera o José Irureta Goyena son paradigmáticos y radicales en este sentido. Irureta fue el exponente doctrinario más emblemático, pero se quedó, porque no era un hombre de partido. Herrera, en el momento en que el batllismo parece escaparse con sus impulsos, cree ver la posibilidad de un desborde revolucionario, jacobino, de la soberanía popular. Por eso no dudó un instante en apoyar el golpe de Estado de 1933. Manini Ríos tampoco, por supuesto que Terra tampoco. Y los tres terminan saludando al fascismo. En los umbrales de la Segunda Guerra Mundial, desde su panamericanismo Manini Ríos enseguida borra huellas, Herrera no tanto y Terra se muere.

Todo eso que es más complejo para explicar de forma rápida refería el viejo vínculo problemático entre liberalismo y democracia. El adjetivo liberal había permitido que la democracia llegara al Novecientos como una palabra aceptada, pero quitándole la proyección radical de intervención directa del pueblo y la acusación de arcaísmo y de inviabilidad. Pero en los principios de la gran revolución estaba también la solidaridad. Los movimientos solidaristas en Europa, republicanos o radicales, fueron hacia el 900 con claridad orientaciones de izquierda. Entonces ya en el siglo XIX comienza a verse expresado el continuo derecha e izquierda, la documentación occidental renombrar viejos pleitos de esa manera. En el Novecientos uruguayo todo esto empieza a debatirse en profundidad, al tiempo que la disputa entre reforma y conservación, se asocia de forma gradual a la identidad relacional entre derechas e izquierdas. La primera alteridad dura que encuentran los segmentos más conservadores fue la del «batllismo jacobino», «socialista sin bandera», «inquietismo», etcétera.

En ese marco no resulta para nada casual la sensibilidad eminentemente contrarrevolucionaria de Herrera que asociada al jacobinismo proyecta en el batllismo. El primer libro doctrinario de Herrera y tal vez el más importante, *La Revolución Francesa y Sudamérica*,³⁸ es una lectura muy burqueana contra la revolución, tributaria de la historiografía francesa más conservadora. Es [Hipólito] Taine, al cual llamaba el «príncipe de los historiadores». Mientras tanto, en el batllismo ocurría al revés: había una recepción positiva de las apuestas más radicales de la Revolución Francesa, sin por ello cohonestar al «terror de Robespierre». Y antes del estalinismo y su feroz autoritarismo, puede observarse en las páginas de *El Día* una visión que hasta puede ponderar los valores positivos de Lenin antes de su muerte en 1924. En contrapartida, en el diario *El Día* hay una crítica ineludible al fascismo desde el inicio, que luego se proyectaría con igual fuerza frente al totalitarismo estalinista. Ahora estoy promoviendo la publicación de las participaciones parlamentarias de Julio César Grauert. Es impresionante. Grauert se decía marxista y lo ves intercambiando y a menudo coincidiendo con Carlos Quijano, con Luis Batlle Berres, con Emilio Frugoni y hasta con Eugenio Gómez del Partido Comunista. Sin duda que un «batllista marxista» era una contradicción, pero el que lo haya habido incluso cuando Batlle todavía vivía dice mucho de ese clima ideológico que se vivía en el batllismo por entonces.

A propósito de esto: de estudiar las izquierdas pasaste en los últimos años a estudiar las derechas. ¿Este cambio tiene que ver con respiraciones de época?

Sin duda. Siempre investigamos desde el presente y estamos cargados del telón de época que marca nuestras preguntas e intereses. Por supuesto que siempre prevenidos contra el anacronismo, el peor defecto para un historiador. Pero, cuando uno está estudiando derechas, también está estudiando

38 Herrera (1910/2009).

izquierdas. Es la expresión de una identificación relacional. Solo así y desde el aterrizaje en contextos históricos y sociales específicos es que adquieren sentido esas categorías. Si hoy he puesto un poco más el centro en las derechas es porque el clima de época contiene la emergencia de estas nuevas derechas «neopatriotas» o «postfascistas», aunque hoy en el mundo se las llama de mil formas y maneras. Es uno de los fenómenos dominantes de este arranque tan marcado del siglo XXI. Refieren, como dice Enzo Traverso, un «régimen de temporalidad». No tengo dudas de que esta preocupación tiene que ver con mi manera de recibir el siglo XXI y sus desafíos. Es lamentable que la preocupación va hacia allí y hacia la crisis de la democracia y el auge de los neopopulismos, de derecha y de izquierda. Lo que en realidad impacta es la aparición de situaciones que nunca me hubiera imaginado que iba a ver. Por ejemplo, que la Escuela Austriaca impregnara de forma tan fuerte a un candidato como [Javier] Milei que termina siendo el triunfador en segunda vuelta con el 56 % de los votos en la Argentina de 2023. O que un «militarote» a lo Bolsonaro hiciera lo que hizo en Brasil. O que irrumpiera Trump en Estados Unidos. O que a 100 años de la «Marcha sobre Roma» de 1922 asumiera Giorgia Meloni en Italia. O que la hija de Jean Marie Le Pen en Francia, reformulando un poquito el movimiento de su padre, se presente como la alternativa de algo que no sabes qué es, como lo es Macron. Y podríamos seguir. Es uno de los fenómenos de época más dominantes y eso tiene mucho que ver con la reorientación del estudio hacia las derechas. Tal vez eso no me inhiba, sino todo lo contrario, para indagar sobre las izquierdas. En el sentido de que izquierdas y derechas cambian con el tiempo y son categorías relacionales. Los conceptos solos no dicen nada. Y no se explican bien, creo como historiador, si se las quiere definir desde perspectivas esencialistas que no varían. Lo que ocurre es que hoy el mundo de la derecha parece expandirse en claves imprevistas.

Se conjuga con la sobrerrepresentación en la historiografía sobre los estudios de las izquierdas. Porque las investigaciones que coordinas con Magdalena Broquetas muestran los vacíos sobre las miradas y los actores de derechas.³⁹

Por supuesto. Refiere a la emergencia contemporánea, que al Uruguay llegó como siempre un poco tarde, de un campo emergente de investigación. Fui a invitar a Magdalena y a Raúl Jacob para coordinar una historia de las derechas. Lamentablemente Raúl desistió. Con Magdalena enseguida nos enganchamos y creo que fue una convergencia virtuosa. Si bien veníamos de generaciones distintas, teníamos una vivencia y un desafío comunes con respecto a lo que estábamos viendo. Nos impactaba ese surgimiento de las nuevas derechas en todo Occidente; las nuevas corrientes predominantes en el debate ideológico, con referentes como [Alexander] Dugin, Steve Bannon u Olavo de Carvalho; la transformación comunicacional de la política con el trumpismo y la famosa doctrina Breitber, de la apuesta a la radicalización de disputas irreductibles como estrategia de lucha. Estoy viendo algo muy distópico cuyo signo no podemos ni siquiera atisbar, pero que forma parte de elementos que conforman una de mis principales preocupaciones. Y realmente no veo que para enfrentar a esas nuevas derechas se esté reconfigurando un campo sólido de nuevas izquierdas. Tal vez me he convencido de que, incluso en clave de la acumulación historiográfica, hemos estudiado demasiado la pobreza y nos olvidamos de estudiar a los ricos. Para entender la pobreza hay que conocer bien la riqueza. Durante demasiado tiempo estudiamos mucho más a las izquierdas y menospreciamos el estudio de las derechas.

La irrupción de Cabildo Abierto en 2019 ¿qué elementos rupturistas y continuistas tiene con relación a las tradiciones conservadoras y derechistas de Uruguay?

39 Grupos de Estudios Históricos sobre las derechas en Uruguay: <https://geshisdu.uy/>

Es una de las fascinaciones que tiene como objeto de estudio Cabildo Abierto. Por un lado, podés hacer toda la historia de Cabildo Abierto desde las viejas continuidades, la simbología, las ideas, los apellidos... Por otro lado, también se puede ver hasta qué punto Cabildo Abierto es también una trama de novedades. Por ejemplo, cuando con Magdalena Broquetas reconstruimos la clave de los orígenes de lo que luego desembocó en Cabildo Abierto, primero en el Movimiento Social Artiguista desde algunos primeros movimientos en 2006 hasta 2018-2019, quedamos impactados.⁴⁰ Porque ahí se podía observar de manera muy clara la reactivación progresiva de muchas redes de militares retirados muy complicadas. Ahí estaban muchos exexpresores, con sus redes internacionales y sus redes nacionales y hasta departamentales. Y [Guido] Manini Ríos, ascendido primero a general en 2011 y luego a comandante en 2015 se puso de manera gradual al frente y empezó a coordinar ese movimiento que se inició a partir de redes militares. ¡Ha reconocido en libros recientes que coordinó y organizó ese nuevo espacio político siendo general y comandante en actividad! A confesión de parte relevo de pruebas: reconoció que había violentado la Constitución, que hizo política siendo comandante, como lo dice sin rubor en el libro de Amado.⁴¹ Y el escándalo mayor es que Manini fue nombrado general y comandante en jefe del Ejército durante gobiernos de izquierda. Eso, así como el mantenimiento de Manini Ríos como comandante en jefe del Ejército tolerando una actuación que era inaceptable porque violentaba de manera grosera y continua los marcos legales y constitucionales de lo que debía hacer un oficial de su jerarquía, configuró una permisividad inaceptable. Era una novedad muy peligrosa. Las continuidades son impresionantes. Hugo Manini Ríos, a quien conocía, estaba casado con una Methol. A Marquitos Methol lo conocí de chico, era el hijo del Tucho Methol. Hay una cosa clásica en la familia Manini Ríos. Guido nace en 1958, año en el que muere Pedro Manini Ríos. Se inicia en el Ejército, decide su vocación militar en 1972, en un momento muy especial. Logra su popularidad dentro del Ejército dirigiendo, y parece que con mucha eficacia, el Hospital Militar. La única transformación efectiva en el nombramiento de los generales que hizo el Frente Amplio fue sumar a todo el conjunto de los coroneles para elegir a los generales. Era para ver si en la «pecera ampliada» había algo más. [Eleuterio] Fernández Huidobro, el MPP, la CAP-L, cultivaban todavía el viejo «encuentro de los combatientes». Lo nombraron general en 2011 y en 2015 lo nombraron comandante en jefe del Ejército, en el marco de la transición de la presidencia de Mujica al segundo gobierno de Tabaré Vázquez, en el marco de la continuidad, también inexplicable, del Ministerio de Defensa de Fernández Huidobro. Hay que ir a la fecha de asunción de la Comandancia y mirar las fotos. Allí estaban en primera fila personajes notorios comprometidos con la represión más dura de la dictadura. Nadie podía llamarse a engaño. Y si bien era todavía el gobierno de Mujica [2010-2015], el gobierno de Tabaré [2015-2020] lo aceptó todo.

Lo que llama la atención es que, descontando a Mujica o Fernández Huidobro, ¿a nadie más le preocupó que venían con Manini todas estas personas?

Les cuento una anécdota. En 2016 me invitó a conversar el embajador francés recién llegado a Uruguay. Me dice que lo primero que hizo fue ir a la fiesta del Ejército y que allí escuchó a Manini como comandante en Jefe del Ejército y no lo podía creer. Comentó que en Francia si un general decía la mitad de lo que había dicho Manini en su discurso, lo interrumpían y en el mismo momento lo echaban. Eso también tiene que ver con otras continuidades: todos sabían de dónde venía Guillermo Domenech y quién era. Que hubiera sido sumariante durante la dictadura no era un descubrimiento. Se sabía. Y fue durante 30 años escribano de gobierno y lo fue durante los 15 años de gobierno del Frente Amplio.

⁴⁰ Broquetas y Caetano (2023).

⁴¹ Amado (2023).

¿La apuesta por Manini fue demasiado inocente por parte del Frente Amplio?

No, era demasiado interesada. Nada de inocente.

Pero fallida en sus resultados.

Por supuesto. Y de una irresponsabilidad absoluta.

¿Cuál te parece que era la expectativa en Manini?

De la expectativa se hablaba: ya estaba la presunción de que muy pronto el Frente Amplio podía ganar sin mayoría parlamentaria. Y entonces se necesitaba crear otro actor. La misma preocupación que ha estado durante estos últimos años. Muchas veces inducida desde el propio Frente Amplio, sobre qué tiene que crear otro actor con el que pueda coaligarse para tener mayoría parlamentaria, porque si no iban a quedar prisioneros de esta suerte de puentes rotos con blancos y colorados. Me acuerdo que en más de una oportunidad se hablaba de que iba a llegar un momento en donde iba a quedar por demás claro que había cosas que el país necesitaba hacer que el Frente Amplio solo no las podía hacer. Y otras cosas que blancos y colorados solos, sin el Frente Amplio, tampoco podían hacer. Entonces la hipótesis del empate estaba. Y la necesidad de los puentes también. Hasta hoy está presente. Eso prohijó por parte de algunos sectores del Frente Amplio la idea de inducir o promover la creación de otro actor con el que se pudiera negociar de otra manera. Mujica lo ha dicho y Fernández Huidobro también. Mujica dijo: «de un lado tenía a los masones y del otro lado tenía un espacio nacional y popular». Los pasquines que circulaban desde este espacio de militares retirados decían y todavía dicen «publicación nacional y popular». Esta idea venía también del diálogo privilegiado entre «los combatientes». Se sabía que en ese campo «nacional y popular» estaban los peores exrepresores, pero también se pensaba que en ese espacio estaban aquellos con quienes en los momentos más difíciles se podría hablar, dialogar y encontrar sensibilidades compartidas en materia social. Creo que la mayoría del Frente Amplio lo sabía y lo aceptó. ¿Y qué es lo que emergió del otro lado de la competencia política de bloques? Muy claramente la estrategia exitosa de [Luis] Lacalle Pou. Lo que pensaron en 1996-1997 con la reforma constitucional, que blancos y colorados iban a gobernar para siempre, porque el Frente Amplio nunca iba a tener mayoría en soledad, se desmintió en tres oportunidades. Era una cosa impensable. Desde 1994 hasta 2004, el Frente Amplio creció 20 puntos en diez años. No hay en la historia uruguaya un crecimiento electoral de ese porte. En el 2004 el FA ganó en primera vuelta y luego repitió en dos oportunidades (2009 y 2014) con mayorías parlamentarias y con diferencias muy grandes en el balotaje. Hacia el 2019 la cosa pintaba distinto y jugaron esa carta cargada de riesgos y muy controvertible.

Y puede ser parte de la dicotomía república-populismo.

Por supuesto. Esta idea que de inmediato asume Lacalle Pou en 2019 de que llevará los cuatro programas partidarios a todos los actos de campaña... se puede decir que era una lógica de poder. Perfecto. Pero naturalizaron desde el comienzo algo que después hay que reconocer que, aun con problemas y rispideces, sobrevivió hasta hoy. ¿Pero a qué costo? Siempre se dice que en una coalición el partido dominante se beneficia y los partidos menores se perjudican. Y eso se traduce electoralmente. Muchos pensaban —y es probable— que la mejor manera de neutralizar a un actor de este tipo era integrarlo. Puede ser. Pero hay quienes piensan todavía hoy en el Frente Amplio que el aliado más cercano en caso de ganar sin mayoría parlamentaria es Cabildo Abierto. Eso sí que es una novedad de estos últimos años. Y en todos estos cálculos hay muchos riesgos.

He hablado de las novedades, no de las continuidades, que son muchas. Primero, Cabildo Abierto expresa un espacio para que las ultraderechas, sean lo que sea que signifiquen hoy, en 2019 se encontraron cómodas en Cabildo. Mucho más cómodas que entre colorados y blancos. Pueden decir las

barbaridades más grandes sobre la llamada «ideología de género», la dictadura, los derechos de la diversidad, etc... Pueden ser «políticamente incorrectos» en cualquiera de los temas que hoy definen una agenda de izquierdas porque son acogidos. La simbología y las convicciones nazis y fascistas de algunos de sus militantes pueden subsistir de manera discreta. Cuando la descubren la sacan, pero si no la descubren pasa y sigue. Esto en los partidos tradicionales es mucho más complicado. Son «neopatriotas», o sea, están en contra de la globalización y en efecto no son neoliberales. Apelan sin problemas a representar de forma corporativa al ejército. En esa perspectiva fue muy interesante ver como Manini Ríos no tuvo ningún empacho en decir una y otra vez que si fuera brasileño votaría sin ninguna duda a Bolsonaro, tanto en la primera elección que ganó (2018) como en la segunda que perdió (2022). Hasta armó sus propias redes de comunicación con Bolsonaro y su gente. Pero con la emergencia del factor Milei la cosa fue distinta. Manini Ríos no habló. Más bien tomó distancia. Ni siquiera participan como partido de esa suerte de «momento Milei» que ha existido dentro de la coalición y sobre todo en los sectores más ultristas del Partido Nacional, acerca de que Milei les puede parecer un loco y no aprueban sus métodos, pero no tienen empacho en reivindicar su programa y su agenda como un «sentido común» que hay que establecer también en Uruguay. Incluso en el mundo empresarial, gente que conocí en otra lógica con mucha mayor altura, hoy dice que pueden discutirse algunas cosas de Milei, pero entienden que el núcleo de su rumbo es el sentido de la nueva cultura que debe imponerse. ¡Están hablando de los principios de la Escuela Austríaca, del paleoliberalismo, de doctrinas que nunca se han aplicado en la Historia Universal y que son consideradas extemporáneas en todo el mundo desarrollado! Se trata de compartir que hay que arrasar con el Estado y mercantilizarlo todo, en un mundo que va hacia otro lado. Ni siquiera Trump iría hacia el lado que va Milei, tampoco los líderes de ultraderecha europeos. Biden acaba de proponer el impuesto a los súper ricos. Lula también avanzó en esa línea con un Congreso adverso, en el marco de un asunto que hoy se discute muy en serio en los foros de la OCDE y en otros organismos internacionales. ¿Cero Estado en un mundo donde se respira guerra, pandemia y problemas medioambientales? Es claro que Cabildo Abierto no comparte ese rumbo y eso forma parte de la heterogeneidad marcada que existe en ciertos campos de estos grupos de derechas emergentes. No es nada monolítico en ciertos aspectos, al punto que en el plano académico se discute la pertinencia de una «macrocategoría» que los englobe como conjunto. Cabildo Abierto emergió en un contexto muy antiprogresista y distinto al actual. Aquel año de 2019 era un momento antiprogresista por definición. En este momento hay otras contradicciones, nada está dicho, pero es otro momento. El Frente Amplio, se podría decir, cometió la irresponsabilidad institucional de apalancar a un movimiento de este tipo. Lacalle Pou y sus socios de la coalición naturalizaron desde el comienzo una alianza sin problemas con este movimiento. Y triunfó esta segunda opción. Es evidente también que Cabildo Abierto tuvo que moderarse y de todos los proyectos que llevó adelante muy pocos salieron. Es una historia abierta, el tiempo dirá, como siempre.

¿Qué rescatas de los múltiples cargos de dirección académica que has ocupado para tu labor profesional como politólogo, historiador y referente intelectual? Porque, entre otros puestos, fuiste director del Instituto de Ciencia Política, presidente del Consejo Superior de Flacso, integrante del Comité Directivo de Clacso, primer presidente de AUDHI...

En el error o en el acierto, desde mis orígenes siempre me he visto bajo la idea de que hay un horizonte moral insoslayable para mí que es el del intelectual público. Sé que esto es polémico. Porque hoy hasta se discute si la figura del intelectual es contemporánea, si hay intelectuales y si el compromiso público de un intelectual no lo saca del campo académico. Bueno, en eso me mantengo muy aferrado al mástil de las convicciones de mis orígenes que tienen que ver con el contexto en el que nací, las matrices en las que me formé, como persona y como intelectual. Yo sí creo en la figura del intelectual

público. Creo que el intelectual tiene que afinar cada vez más su capacidad teórica metodológica, tiene que evitar anacronismos y evitar enamorarse de las ideas, mantenerse siempre atento a que la política del presente no lo termine contaminando. Pero tiene que hablar para la sociedad en la que vive, no solo para sus colegas. No solamente para describirla, sino para transformarla en un sentido favorable. Recuerdo hasta el cansancio que José Pedro siempre decía que un historiador tenía que escribir para la gente. Para mí eso forma parte de una definición fundamental. A mí no me gusta la gestión. Me han ofrecido muchísimas cosas en política partidaria, no solo de un partido, y siempre las he rechazado. ¿Cómo se ata entonces una cosa con la otra? Yo asumo compromisos políticos en sentido amplio que son inequívocos. No borro huellas y no me escondo ante las preguntas del presente. Yo también soy ciudadano y no lo oculto. A mí la política, los asuntos de la polis en la que vivo, me importan mucho, pero no para actuar desde la política partidaria. Es curioso porque fui uno de los copartícipes de la teoría de la partidocracia y creo en los partidos, pero no me puedo ver afiliado como militante o dirigente en un partido, aunque por cierto uno tiene sus preferencias, como es obvio. Pero creo que la labor de un intelectual público es, en el error o en el acierto, decir lo que piensa sobre cada tema y asumir el riesgo de la opinión. No decir lo que su grupo, su partido, necesita que diga. Eso no me gusta hacerlo y no podría hacerlo. En lo que digo soy muy libre, solo me represento a mí mismo, tratando de fundamentar de la mejor manera, aunque con independencia de toda disciplina partidaria o de grupo. Tampoco creo tener virtudes de gestión. Del mismo modo que no me gusta que me manden, no me gusta mandar. Casi siempre hago de puente, aunque cuando tengo que decir que no me «ato al mástil». La parte de la gestión en la que me creo hábil es en ser puente de negociación entre diferentes. En todos esos cargos a los que aludían he sido puente de negociación e inclusión de gente que piensa distinto. Eso me gusta. Así como no me gusta mandar, me gusta ser puente entre distintos.

¿Cómo gestionas tus intervenciones mediáticas y las críticas que recibís cuando analizas la política partidaria y los partidos políticos?

Respecto a la labor mediática he cambiado mucho. Empecé a tener un rol mediático muy presente a nivel de radio y televisión desde comienzos de los noventa. Lo veía como una prolongación de esa dimensión pública que sentía que me exigía. Cuando aparecieron las redes, hasta ahí no llegué. No llego. Y es un problema porque no quiero ser reaccionario ante nada, ante ningún tema, pero cuando vi lo que eran los *trolls* o *bots*, cuando vi los agravios desde el anonimato, el odio y las agendas fictas, no quise formar parte de ese mundo. Entiendo que es una opción para mí, no para otros, no es una receta para nadie. Pero para mí sería una fuente de irritación, de daño, de pérdida de tiempo. Lo que vos decís en cualquier lado se puede estar grabando, se está grabando, se está multiplicando y las multiplicaciones pueden llegar a los niveles más increíbles. Hoy la doctrina de Goebbels sobre la repetición de una mentira que se vuelve finalmente verdad se puede replicar N millones de veces. Tampoco miro a la cámara de la televisión cuando me entrevistan, trato siempre de hablar como si nadie estuviera viendo. No imaginar ni ver la cara de tus contradictores ni de tus amigos atrás, sino tratar de responder desde tus convicciones, pase lo que pase. Porque si me pongo a pensar lo que va a decir fulano o mengano... Sé que esto tiene un precio y lo he pagado. Me echaron de una radio por «comunista», me han agraviado de la manera más absurda sin conocerme ni leerme ni escucharme. Después de 2020, me proscibieron en varios lados y me pusieron en listas negras. La verdad que me hicieron un favor, porque muchas veces, sobre todo en el último tiempo, el asedio de las demandas comunicacionales perturbaba mi vida. Lo hacía muchas veces por obligación. Aunque no me crean, el análisis de coyuntura no me gusta. A menudo me aburre. Me dan ganas de irme 100 años para atrás. Pero es solo una opción mía. En contrapartida, estudiar el fenómeno de las redes sociales y su

impacto en la sociedad contemporánea es un tema que me fascina. Son mis contradicciones, que también forman parte de mis circunstancias, parafraseando una vez más a Ortega.

Tu interés en incidir en el debate público puede relacionarse también con tu preocupación por producir textos de divulgación y síntesis desde la década de 1980. ¿Lo haces porque te preocupa la distancia con el conocimiento académico?

Si, lo he hecho de forma deliberada. No lo hago por los derechos de autor, como se imaginarán. Descubrir asuntos que no se ven o se ven de forma parcial y liderar grupos de investigadores que puedan contribuir con las discusiones de nuevos temas, ideas o perspectivas siempre me atrajo. Por ejemplo, como les dije, la historiografía y la sociedad uruguayas necesitan una historia larga y más sistemática sobre las derechas. Se necesita. No la tiene. Hay mucha novedad. Con Magdalena [Broquetas], que sabe conducir grupos, estamos en esa tarea.⁴² Le tengo mucha confianza. El libro sobre las novedades en torno a la dictadura del que ustedes forman parte va a revolucionar el campo de estudios sobre la dictadura. No tengo la menor duda. En cuanto a un campo que tiene más que ver con las Ciencias Sociales, estoy impulsando ahora miradas distintas sobre los territorios, partiendo de la idea de que el Uruguay perdió su mapa. Eso hace que no se conozca el territorio. El mapa no es el territorio, lo sabemos, pero cuando hay tantas transformaciones en tan poco tiempo, incluso en un país que se supone tan uniforme, no tener buenos mapas para llegar al territorio y estar con mapas viejos es hasta peligroso... ¿Cuál es el mapa de la salud que dejó la pandemia? ¿Cuál es el mapa demográfico cuando seguimos esperando los datos finales del censo a un año de su realización? ¿Cuál es el mapa de cómo se hace política en el Uruguay? ¿Cuál es el mapa de cómo se ve el mundo? ¿Cuál es el mapa de los medios de comunicación? ¿Cuál es el mapa de las redes sociales? Yo lo que hago es empujar. Y ahí estamos con un proyecto con Ernesto Nieto, un gran politólogo de Salto, para que esto se haga encajado con el trabajo de los CENUR (Centros Universitarios Regionales de la Universidad de la República) y que aspiramos a que sea una buena contribución.

Algunas lógicas universitarias a veces alientan lo contrario a ese tipo de divulgación: que los investigadores publiquen papers en revistas arbitradas...

Estoy muy de acuerdo. Descreo bastante de toda esa parafernalia, y casi te diría que lo hago como resistencia. Esa disgregación de las labores intelectuales en *papers* y pequeñas cosas hechas para revistas de *rankings* a menudo ideológicos, que no va a leer nadie, pero que te puntúa más que publicar un libro... Me reconozco ahí derrotado, pero en todos los lugares de evaluación siempre he defendido otra lógica de producción y evaluación académica, en particular para las Ciencias Sociales y las Humanidades. Por supuesto que con arbitraje de pares, con el mayor rigor y con el cotejo del mundo, pero con evaluaciones más cualitativas, también más humanas. Esta otra lógica de evaluación imperante está haciéndoles daño físico, moral y espiritual a los investigadores de las Ciencias Sociales y las Humanidades. No es un fenómeno uruguayo, es mundial. En la medida de lo posible traté durante mucho tiempo desde lugares que se suponía eran muy influyentes en ir a contramano de esa tendencia. Tuve muchas discusiones que nunca se conocerán, pero también tuve pequeños triunfos que me los guardo y que de forma muy especial los valoro. Además, esta posición tiene que ver con esa obsesión por impulsar proyectos colectivos. Porque además se está incentivando un tipo de investigador que es de un individualismo feroz, que dispersa su producción, que te mira con desconfianza por lo que podés producir y te está mirando tu *curriculum vitae* para ver si está bien puntuado y se levanta todas las mañanas para mirarse en los espejitos de cómo ando en el índice tal y cuántos me citaron... Eso me parece tan distópico como la Escuela Austríaca definiendo el rumbo de una sociedad. Por suerte en el mundo real también

42 Broquetas y Caetano (2022-2023).

se está discutiendo esto. Me queda la satisfacción de haber puesto un granito de arena en esa línea y de continuar en esa opción, que finalmente creo que es la más rigurosa y la más justa.

Fuiste cocoordinador de la investigación histórica sobre detenidos desaparecidos entre 2005 y 2007. ¿Qué balance haces de ese momento?

Fui el primero con el que habló Gonzalo Fernández de parte del gobierno de Tabaré Vázquez y de inmediato propuse los nombres de Álvaro Rico y José Pedro Barrán. Álvaro aceptó de inmediato y, en verdad, siempre lo digo y lo repito, fue el que coordinó en forma directa y práctica la investigación. Con José Pedro fuimos supervisores académicos. José Pedro no quería de ninguna manera. Le sacamos el sí bajo esa pauta de que iba a haber equipos de investigación coordinados por Álvaro en el campo y que nosotros dos íbamos a ser los coordinadores académicos con la lectura de los textos y en interacción con Álvaro. Pero el mérito del impulso de la investigación lo tiene Álvaro. Siempre lo he dicho y siempre lo quiero destacar. Me consta que fue un mérito muy grande y que fue un enorme trabajo. Fue una travesía muy peligrosa. Como todas las aventuras intelectuales y cívicas de este tipo siempre dijimos que no había libros blancos y que no había punto final posible. Siempre fuimos muy claros de que iba a leerse eso de manera equivocada, como muchas veces se lee. Siempre buscamos empujar investigaciones que generaran nuevas investigaciones. Se ha dicho en varias oportunidades que se ha cumplido el artículo 4 de la Ley de Caducidad. Es un artículo por definición incumplible. Julio María Sanguinetti dijo que había sido cumplido cuando actuó el fiscal militar [el coronel José] Sambucetti y el Instituto del Niño en 1987. Jorge Batlle, cuando cierra la Comisión para la Paz en 2003, también dijo que había sido cumplido el artículo 4. Tabaré Vázquez, en contra de lo que le dijimos, también lo declaró cumplido luego de aquellos cinco tomos publicados en su primera presidencia.⁴³ Bueno, salimos de forma explícita a decir que eso no era así. De todas maneras, valoro de forma especial ese aporte. Fue en un momento muy difícil, una inflexión. Una inflexión que, como toda inflexión, no termina la tarea, aunque es muy importante. La investigación y los procesos de justicia no han quedado iguales después. Abrió espacio para otras investigaciones que siguen y que tendrán que seguir durante mucho tiempo. Sí, por supuesto, que me he vuelto mucho más escéptico. Pensé que con el respaldo del Estado, no de un partido ni de un poder, el pacto de *omertá* iba a erosionarse mucho más. La verdad es que ese pacto no se erosionó casi nada, o de forma mínima. Soy escéptico porque los bloqueos han sido y son muy grandes. Lejos de sumarme a las críticas, todas legítimas que se han hecho, creo que personas como Álvaro Rico o el fiscal Ricardo Perciballe, ni que hablar de la lucha de Familiares, han hecho una contribución enorme a la República. ¿Por qué pongo estos ejemplos? Por supuesto que no creo que el historiador sea un juez, pero tampoco creo que un historiador en un momento como el que se vivía, para cuidar su condición de oficio tenga que tomar distancia con un compromiso ciudadano tan importante.

¿Cómo viste como historiador las iniciativas estatales para conmemorar el 50° aniversario del golpe de Estado en 2023?

Me precio de haber estado recorriendo el país el año pasado. Acepté todas las invitaciones, o casi todas, que me hicieron para hablar sobre los 50 años del golpe de Estado. Estaba preparado para participar en eso que dicen tanto de la «batalla cultural». La verdad no compareció casi nadie del «otro lado». Fue insuficiente lo que hicieron los poderes públicos, casi penoso. Desde la sociedad civil se hizo mucho más. Participé en muchas actividades organizadas por «amigos de la memoria» de Piriápolis, Salto, Tacuarembó, Nueva Helvecia, Carmelo, Mercedes, muchos barrios de Montevideo... La colección de *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay* tuvo mucho que ver porque permitía,

43 Rico (2007).

sobre todo el tomo II, aunque también el III, intervenir con mayor consistencia y novedad en el debate. Ahora lo que se hizo a nivel de los poderes públicos era cómo saltar y dejar correr. Ahora si eso molestó, imagínate. Eso me ratifica otra cosa: así como ha sobrevivido mucho más de lo esperado el pacto de *omertá*, y eso me hace mucho más escéptico, también me preocupa la posible erosión del pacto tácito del Nunca Más. Lo que estoy viendo en la Argentina, donde a pocos días del 24 de marzo bajo el gobierno de Javier Milei, hay amenazas a Hijos, algunas se concretaron, o emerge nuevamente la posibilidad de un nuevo indulto. Incluso cosas que han pasado aquí. Esa cosa inconmensurable que subsiste hace seis años, y que empezó con Manini Ríos como comandante en jefe del Ejército, de que el cardenal Sturla invite al Ejército a celebrar en la Catedral el Día del Ejército Nacional el 18 de mayo. Me vuelve muy escéptico, pero también muy alerta. Es una de las causas democráticas en las que creo que hay que seguir siempre. Por eso, a contramano de muchas de las opiniones que me rodean, Uruguay no puede ser catalogado como una democracia plena si mantiene esta impunidad y si no hay nuevas propuestas más valientes para torcerla. Por lo menos habría que agregarle otras variables a esa caracterización, pero la variable impunidad sigue siendo muy fuerte en Uruguay.

¿En qué líneas de investigación estás actualmente y cuáles te gustaría seguir?

Estoy en una investigación apasionante, me alienta el alma, que es sobre el impacto del primer fascismo entre 1919 y 1939. Lo quiero hacer con Camilo López cruzando, como siempre, políticos, empresarios y militares. Pero también vamos a incorporar a intelectuales y diplomáticos. Estoy trabajando con Andrés Aspiroz y alguna otra gente en la recuperación de la biografía de Ana Amalia Batlle Pacheco, la hija de Don Pepe y Matilde Pacheco, muerta a los 18 años de tuberculosis. Estamos bastante avanzados y este año se va a publicar. Creo que es una biografía conmovedora. Sigo trabajando en ese mi período privilegiado con una investigación maravillosa sobre el viaje de los Batlle Pacheco por Europa, norte de África y Medio Oriente entre 1907 y 1911. El centro fue París, pero viajaron por todo el Mediterráneo. Estoy trabajando también con un grupo de jóvenes arquitectos en la «ciudad batllista» para ver qué modelo se proyectaba en ese momento de la expansión de la capital. Batlle tenía la idea de un Montevideo que había que fundar y debatía con Pedro Figari y con los herreristas. Y, por supuesto, el grupo de las derechas es un proyecto clave. Forma parte de un proyecto colectivo de largo aliento en el que avizoro muchas novedades. También integro el Grupo de investigación sobre las izquierdas que dirigen Aldo Marchesi, Diego Sempol y Vania Markarian.⁴⁴ De ambos grupos van a salir muchos libros y artículos, que forman parte de las tesis y trabajos que estamos escribiendo sus integrantes. De modo que, como ven, proyectos de investigación no me faltan.

Referencias bibliográficas

- ACHUGAR, H. y CAETANO, G. (1992). *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* Trilce.
- AMADO, F. (2023). *Manini: el comandante sin jefe*. Sudamericana.
- BALBIS, J. y CAETANO, G. (1981). *Los sectores conservadores ante el modelo batllista: la coyuntura de 1916*. Cuadernos del CLAEH, (81), 43-78.
- BARRÁN, J. P. (1989). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* [2 tomos]. Ediciones de la Banda Oriental.
- BARRÁN, J. P. (2004). *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*. Ediciones de la Banda Oriental.
- BARRÁN, J. P. (2010). *Epílogos y legados: escritos inéditos, testimonios*. Ediciones de la Banda Oriental.
- BARRÁN, J. P. y NAHUM, B. (1967-1978). *Historia rural del Uruguay moderno* [7 tomos]. Ediciones de la Banda Oriental.
- BARRÁN, J. P. y NAHUM, B. (1979-1987). *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico* [8 tomos]. Ediciones de la Banda Oriental.

44 Grupo de Estudios sobre las Izquierdas: <https://www.izquierdas.csic.edu.uy/>

- BARRÁN, J. P. y NAHUM, B. (1982). *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico. Tomo 3. El nacimiento del batllismo*. Ediciones de la Banda Oriental.
- BARRÁN, J. P. y NAHUM, B. (1987). *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico. Tomo 8. La derrota del batllismo*. Ediciones de la Banda Oriental.
- BARRÁN, J. P., CAETANO, G. y PORZECANSKI, T. (Dir.). (1996-1998). *Historias de la vida privada en el Uruguay* [3 tomos]. Taurus.
- BRAUDEL, F. (1970). *La Historia y las Ciencias Sociales*. Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1968).
- BROQUETAS, M. y CAETANO, G. (Coords.). (2022-2023). *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay*. [3 tomos]. Ediciones de la Banda Oriental
- BROQUETAS, M. y CAETANO, G. (2023). Cabildo Abierto. Nueva derecha en tiempos de reacción antiprogresista. En M. Broquetas y G. Caetano (Coords.), *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay. Pasado reciente: legados y nuevas realidades* (pp. 177-196). Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, G. (1992). *La república conservadora. Tomo 1. El «alto» a las reformas*. Fin de Siglo.
- CAETANO, G. (1993). *La república conservadora. Tomo 2. La «guerra de posiciones»*. Fin de Siglo.
- CAETANO, G. (2011). *La República Batllista. Ciudadanía, republicanism y liberalismo en el Uruguay (1910-1933)*. Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, G. (Coord.). (2013). *Historia conceptual: voces y conceptos de la política oriental (1750-1870)*. Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, G. (2021). *El liberalismo conservador. Genealogías*. Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, G. y JACOB, R. (1989-1991). *El nacimiento del terrismo (1930-1933)* [3 tomos]. Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, G. y RILLA, J. (1986). *El joven Quijano 1900-1933: izquierda nacional y conciencia crítica*. Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, G. y RILLA, J. (1987a). *Breve historia de la dictadura*. Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, G. y RILLA, J. (1987b). Real de Azúa y la historia: el método, los temas, las hipótesis. *Cuadernos del CLAEH*, 12(42), 89-112.
- CAETANO, G. y RILLA, J. (1991). La izquierda uruguaya y el «socialismo real». Visión histórica de algunas trayectorias. En H. Achugar (Ed.), *La herencia del socialismo real* (pp. 9-59). FESUR.
- CAETANO, G. y RILLA, J. (2004). *Historia contemporánea del Uruguay: de la colonia al siglo XXI*. Fin de Siglo; CLAEH.
- CAETANO, G., RILLA, J. y PÉREZ, R. (1987). La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos. *Cuadernos del CLAEH*, 12(44), 37-61.
- COLLIER, D. y LEVITSKY, S. (1998). Democracia con adjetivos. Innovación conceptual en la investigación comparativa. *Agora*, (8), 99-122.
- COSSE, I. y MARKARIAN, V. (1996). *1975: Año de la Orientalidad. Identidad, memoria e historia en una dictadura*. Trilce.
- DE LOS SANTOS, C. (2024). *Del círculo al club. Primeras asociaciones políticas en Uruguay (hasta 1875)*. Doble Clic.
- DE MATTOS, T. (1988). *¡Bernabé! ¡Bernabé!* Ediciones de la Banda Oriental.
- GIL, D. (1999). *El capitán por su boca muere o la piedad de Eros. Ensayo sobre la mentalidad de un torturador*. Trilce.
- HERRERA, L. A. (2009). *La Revolución Francesa y Sudamérica*. Instituto Manuel Oribe. (Obra original publicada en 1910).
- METHOL FERRÉ, A. (2015). *El Uruguay como problema*. Hum. (Obra original publicada en 1967).
- PÉREZ, V., PIÑEIRO, R. y ROSENBLATT, F. (2023). *Cómo sobrevive la militancia partidaria: el Frente Amplio de Uruguay*. Friedrich Ebert Stiftung; Tunel.
- PIVEL DEVOTO, J. (1942). *Historia de los partidos políticos en Uruguay* [2 tomos]. Claudio García y CIA Editores.
- POULANTZAS, N. (1969). *Poder político y clases sociales en el Estado Capitalista*. Siglo Veintiuno Editores.
- REAL DE AZÚA, C. (1943). *España de cerca y de lejos*. Impresora Ligu, Ediciones Ceibo.
- REAL DE AZÚA, C. (1964). *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo*. Ediciones de la Banda Oriental.
- RICO, A. (Coord.). (2007). *Investigación histórica sobre detenidos desaparecidos* [5 tomos]. Presidencia de la República.
- RILLA, J. (1992). *La mala cara del reformismo: impuesto, Estado y política en el Uruguay, 1900-1916*. Arca.
- ULRIKSEN, M. y VIÑAR, M. (1993). *Fracturas de la memoria. Crónicas para una memoria por venir*. Trilce.